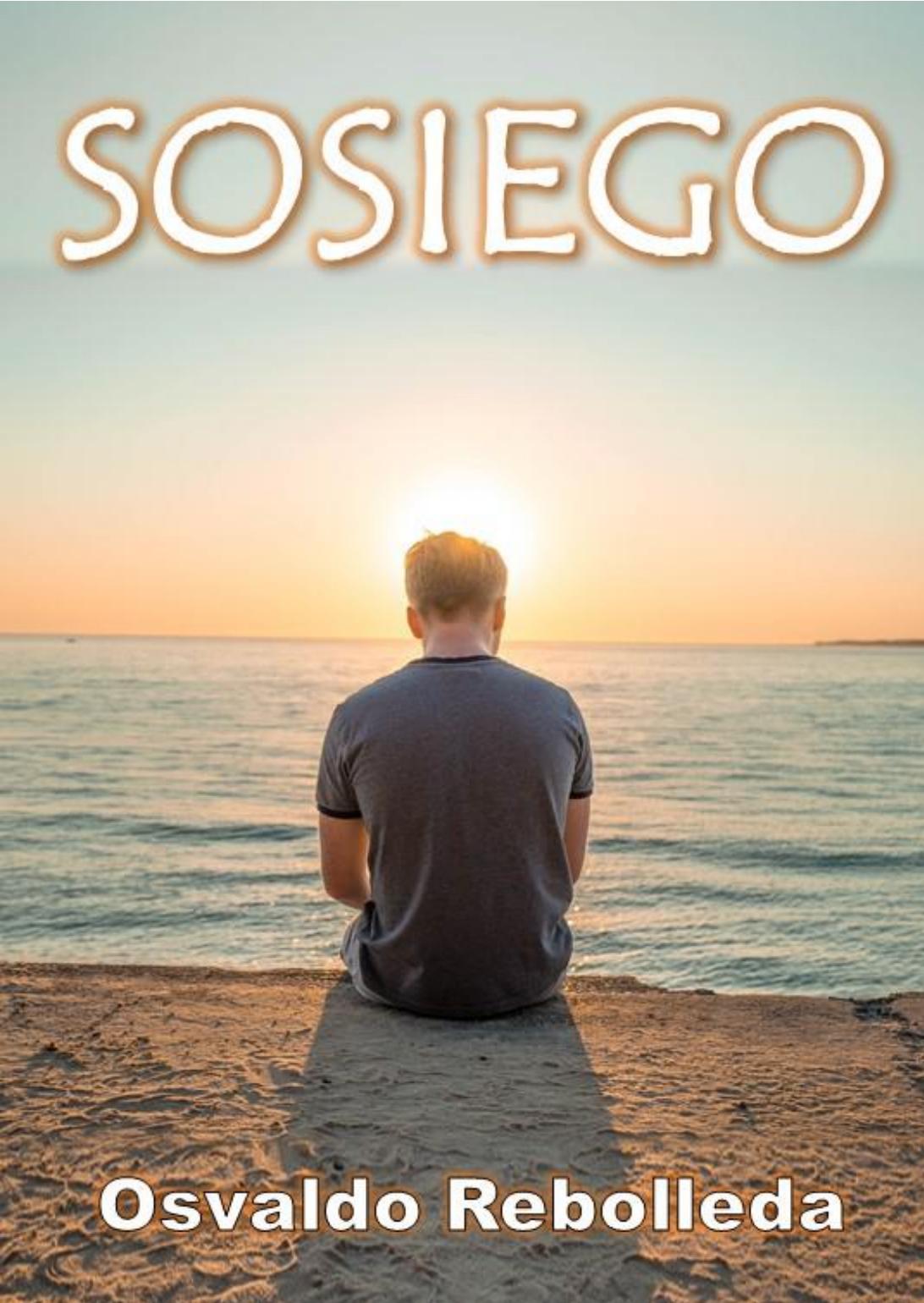


SOSIEGO

A person with short hair, wearing a grey t-shirt, is sitting on a concrete ledge on a beach. They are facing away from the camera, looking out at the ocean. The sun is setting directly in front of them, creating a bright, glowing orb on the horizon. The sky is a mix of orange, yellow, and light blue. The water is calm with small waves. The overall mood is peaceful and contemplative.

Oswaldo Rebolleda

SOSIEGO



Oswaldo Rebolleda

Este libro No fue impreso
con anterioridad
Ahora es publicado en
Formato **PDF** para ser
Leído o bajado en:
www.osvaldorebolleda.com

Provincia de La Pampa
rebolleda@hotmail.com

Todos los derechos de este material son reservados para el Señor, quién los ofrece con la generosidad que lo caracteriza a todos aquellos que desean capacitarse más y lo consideran de utilidad.

No se permite la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, para ser publicado comercialmente.

Se puede utilizar con toda libertad, para uso de la enseñanza, sin necesidad de hacer referencia del mismo.

Se permite leer y compartir este libro con todos los que más pueda y tomar todo concepto que le sea de bendición.

Edición general: **Escuela de gobierno espiritual (EGE)**

Revisión literaria: **Autores argentinos**

Revisión “solo ortográfica”: **IA**

Diseño de portada: **EGEAD**

Todas las citas Bíblicas fueron tomadas de la Biblia versión Reina Valera, salvo que se indique otra versión.

CONTENIDO

Introducción	5
Capítulo uno:	
Los tiempos de Sosiego	9
Capítulo dos:	
El Sosiego forzoso	21
Capítulo tres:	
El Sosiego y la presencia	33
Capítulo cuatro:	
El Sosiego de un corazón rendido	47
Capítulo cinco:	
El Sosiego del Señor	62
Capítulo seis:	
En busca del Sosiego	74

Capítulo siete:

De la tempestad al Sosiego.....84

Reconocimientos.....95

Sobre el autor.....97

“Cosa por demás sabida es que el esperar no agrada, pero el que más se apresura no es el que más trecho avanza, que para hacer ciertas cosas se requiere tiempo y calma”.

(Charles Perrault)

INTRODUCCIÓN

*“El Señor te bendiga y te guarde.
El Señor te mire con agrado y te extienda su amor.
El Señor te muestre su favor y te conceda la paz”.*
Números 6:24 al 26 NVI

Ser hijo de Dios y vivir según los principios del Reino implica, necesariamente, escuchar a Dios con claridad. No es posible ejercer autoridad sin comunicación. Ningún padre podría guiar a sus hijos sin comunicarles su voluntad, y ningún líder puede pretender un gobierno efectivo sin una buena comunicación.

Es importante entender esto, porque si deseamos una verdadera comunicación con Dios, necesitamos experimentar diariamente los beneficios de un sosiego profundo. La intención de este libro es concientizar sobre la importancia de practicar una comunión íntima y profunda con el Espíritu Santo, invirtiendo tiempo de calidad en una delicada intimidad establecida sobre el sosiego.

Vivimos en una época de información inagotable y cambios frenéticos, donde se promueve la idea de que estar ocupado es sinónimo de éxito. En muchos pastores y ministros del evangelio, esta noción de activismo se ha instalado como una muestra de servicio y entrega a Dios. Sin embargo, debo decir que este paradigma es erróneo. La

actividad constante no es evidencia de una buena intimidad. De hecho, quienes están saturados de tareas suelen decir que no tienen tiempo de calidad para su comunión con Dios, lo cual, a su vez, les resta efectividad para trabajar bajo la unción divina.

Sé que detenernos a reflexionar sobre el sosiego, en lugar de hablar sobre productividad, puede parecer fuera de lugar en estos tiempos. Sin embargo, no debemos confundir este estado con falta de vitalidad. Creo, de hecho, que desde la práctica del sosiego, podemos vivir nuestra vida espiritual con mayor intensidad.

Podríamos definir el sosiego como la plataforma desde la cual el Señor imparte sobre nosotros la sabiduría, la autoridad y el poder del Reino. El mayor obstáculo en nuestra búsqueda de una vida efectiva generalmente reside en creencias que se han instalado en nuestro subconsciente. La única manera de romper esos paradigmas es permitiendo que el Señor trabaje en nuestro corazón y nuestra mente.

Muchos hermanos en la fe coinciden en que no hay nada más efectivo que un instante de sosiego. Sin embargo, en la práctica no hacen nada para lograrlo y, en ocasiones, se encaminan en sentido opuesto. Están atrapados en un engranaje de actividades tan bienintencionadas como peligrosas.

Peligrosas porque, aunque están ligadas a la obra de Dios, al final les impiden tener tiempos de calidad con el Dios

de la obra. En este libro, propongo hacer una pausa y reconocer que podemos conectar con Él de manera más profunda. No solo para disfrutarlo, que debe ser nuestro primer objetivo, sino también para recibir una clara revelación de Su voluntad.

Vivimos tiempos de creciente hostilidad espiritual. Si no velamos, estos pueden desestabilizarnos. Para evitarlo, debemos buscar esos momentos de sosiego en la presencia de Dios, de donde obtendremos sabiduría y resiliencia espiritual.

Es necesario renunciar al impulso de hacer todo por nuestras propias fuerzas. No importa cuántas veces nombremos a Jesucristo o le demos protagonismo en nuestras vidas, la mayoría de las veces somos nosotros quienes actuamos, y no Él a través de nosotros. Cuando no cultivamos una comunión profunda con Dios, creamos paradigmas que nos "garantizan" Su participación, pero en realidad solo caemos en simples engaños.

Podemos resignarnos a seguir la senda de la reacción y el entusiasmo momentáneo, o podemos decidir hacer un cambio profundo en nuestras vidas. No importa cuántos años llevemos en la fe, o si somos ministros ordenados; si no ajustamos nuestra administración del tiempo y nuestra intención de verdadera comunión con Dios, terminaremos fracasando. Los tiempos que se avecinan no son aptos para cristianos superficiales. Cultivar sosiego no es una pérdida de

tiempo; al contrario, será el requisito fundamental para quienes deseen vivir una vida de Reino.

Este libro, para quienes le den una oportunidad, será una herramienta útil para comprender la importancia del sosiego y la forma de practicarlo. Con la perspectiva de una tarea concluida, recomiendo este material con todo entusiasmo y espero que puedan valorarlo, dedicándole un tiempo de lectura reflexiva. Estoy convencido de que quienes lo hagan experimentarán cambios positivos en sus vidas.

“Todos los deportistas se entrenan con mucha disciplina. Ellos lo hacen para obtener un premio que se echa a perder; nosotros, en cambio, por uno que dura para siempre...”

1 Corintios 9:25 NVI

“Nada conquista el caos a mi alrededor como la serena seguridad de que estoy en paz con Dios”.

(Ron Brackin)

Capítulo uno

Los tiempos de sosiego

“¡Hipócritas! Sabéis examinar el aspecto de la tierra y del cielo; entonces, ¿por qué no examináis este tiempo presente?”

Lucas 12:56

Si analizamos el contexto de este pasaje, observamos que Jesús estaba enseñando a sus discípulos a ser radicales en la fe. En este marco, les habló de la importancia de discernir espiritualmente los tiempos que vivían. Creo que nosotros, hoy, tenemos una tarea similar: no solo ser radicales en la fe, sino también discernir correctamente los tiempos actuales a la luz de los tiempos pasados.

Poseemos una Biblia cuyos textos fueron escritos a lo largo de aproximadamente 1.000 años, entre el 900 a.C. y el 100 d.C. Esto significa que miles de años y muchas generaciones han pasado desde que comenzó a escribirse hasta llegar a nosotros.

Las diferentes generaciones, culturas y territorios la convierten en un libro que transmite el conocimiento de vivencias que hoy pueden parecernos extrañas. Por ejemplo, los patriarcas fueron hombres sin Biblia y con pactos muy limitados, diferentes al que nosotros vivimos hoy. Si no interpretamos adecuadamente los tiempos y los distintos pactos, podríamos experimentar una gran frustración.

Es natural admirar a los hombres bíblicos, ya que ellos vivieron por fe y lograron grandes proezas. Lo que no es lógico es que percibamos a un Dios más grande en la Biblia que en nuestra propia vida. Estas personas enfrentaron tiempos de gran limitación, pero experimentaron vivencias extraordinarias. Deberíamos preguntarnos si lograron, de alguna manera, activar un detonante especial.

En primer lugar, debemos tener en claro que todos, sin excepción, experimentaron la gracia de Dios. Nosotros vivimos hoy bajo un Pacto de gracia, pero la gracia, de una forma u otra, siempre ha estado presente en la historia de la humanidad. Cristo es la gracia manifestada (**Juan 1:17**), y Él declaró que era el Alfa y la Omega, el principio y el fin (**Apocalipsis 21:6**). Esto implica que, desde el principio hasta el fin, siempre hubo y habrá manifestaciones de Su gracia para la humanidad.

Adán y Eva fueron creados por gracia, ya que recibieron absolutamente todo sin merecerlo. Aunque luego lo perdieron por el pecado, esto no cambia que lo hayan recibido por gracia. Cuando el pecado creció y la humanidad

se corrompió completamente, Noé halló gracia ante los ojos del Señor (**Génesis 6:8**). Fue esta gracia la que le permitió salvar a su familia y a los animales del diluvio universal, estableciendo un nuevo orden para la humanidad. De hecho, la construcción del arca, una obra de ingeniería asombrosa para su época, también fue posible por la gracia divina.

La gestión de Noé se caracterizó por su comunicación con Dios. Ni el Reino ni la fe pueden funcionar sin esta comunicación, y la gran virtud de los hombres bíblicos fue su capacidad para escuchar a Dios. Los patriarcas no tenían Biblia ni pastores que les predicaran, pero lograron escuchar a Dios con claridad.

Hoy tenemos la Biblia en decenas de versiones, impresas y digitales. La tenemos en audio, en video, en películas, y hasta en dibujos animados. Contamos con incontables libros de temas bíblicos, manuales, diccionarios, concordancias, y acceso a las enseñanzas de miles de ministros. Sin embargo, no parecemos tan efectivos a la hora de escuchar o de entender a Dios.

No podemos decir que nos falta Su gracia, pues vivimos un Pacto mucho mejor que el de los hombres bíblicos, ni podemos decir que Dios hoy en día no nos habla, ya que lo hace continuamente y de muchas maneras. Sin embargo, no vemos manifestaciones extraordinarias de nuestra fe, tal como las vividas por estos personajes.

“Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo, a quien constituyó heredero de todo, y por quien asimismo hizo el universo; el cual, siendo el resplandor de su gloria, y la imagen misma de su sustancia, y quien sustenta todas las cosas con la palabra de su poder”.

Hebreos 1:1 al 3

Los patriarcas y los hebreos no fueron hombres llenos del Espíritu Santo, ya que, hasta que se estableció el Nuevo Pacto, ningún hombre pudo serlo. Después de la Ley, el Señor ungió a reyes, sacerdotes y profetas, pero el Espíritu estaba sobre ellos, no dentro de ellos. De hecho, a menudo se manifestaba en objetos como la vara de Moisés, el cabello de Sansón, o el manto de Elías.

Esto significa que la comunión que tenían con Dios, era mucho más precaria en comparación con lo que nosotros podemos vivir hoy. Es curioso que hayan podido comunicarse con Dios tan claramente, pues se supone que nosotros tenemos el “oído espiritual” al que Jesús se refirió en repetidas ocasiones (**Mateo 11:15; Marcos 4:23; Apocalipsis 3:6, etc.**). Estos admirados personajes bíblicos, no tuvieron la vida espiritual proporcionada por el Espíritu Santo. ¡Nosotros sí! Me temo que algún detonante nos falta para manifestar efectivamente el poder de Dios.

Más allá de la intencionalidad divina, considero que las personas de aquella época vivían en un contexto de

constantes momentos de sosiego. La vida en el campo y la falta de tecnología eran el caldo de cultivo ideal para el silencio, la meditación y la recepción de toda palabra divina.

Nosotros, en cambio, vivimos en un tiempo muy particular, un tiempo en el que el avance tecnológico ha forjado la cultura de la velocidad. Hoy en día, el objetivo parece ser que todo sea rápido: la comida, los vehículos, la enseñanza, la comunicación y todo lo que supuestamente puede facilitarnos la vida. Disponemos de computadoras, tablets, móviles y la digitalización de casi todo trámite.

Ante esto, es curioso notar que experimentamos la sensación de tener cada vez menos tiempo para todo. Estamos invadidos por un ruido mental constante, un bombardeo incesante de Internet, notificaciones, hipervínculos, publicidades, teletrabajo, correos electrónicos, mensajes de WhatsApp y redes sociales como Instagram, Facebook, X, TikTok, LinkedIn, YouTube, o buscadores como Google, Bing, Yahoo y Baidu. Todo esto nos mantiene absolutamente ocupados.

La concentración espiritual parece cada día más difícil, porque las distracciones protagonizan cada una de las tareas que realizamos a lo largo del día. Esto nos hace sentirnos más dispersos, agobiados, estresados y cansados. La sobreestimulación a la que estamos expuestos, genera una conexión exagerada que, como está comprobado, es en gran parte falsa. La salud física, mental y emocional de muchas

personas evidencia la falta de comunicación verdadera, la soledad y la vanidad de tanta expresión virtual.

Según los expertos, la sobreestimulación nos agota. El constante bombardeo de información disminuye nuestro umbral de atención, creatividad y sentimientos genuinos. La exposición excesiva a distracciones hace que pensemos más rápido pero con menos sabiduría y menos sensatez.

Nuestra atención se debilita, atrapada por nuestros dispositivos, generando también una gran superficialidad a la hora de expresarnos. El índice de depresión y suicidios ha crecido exponencialmente en estas últimas décadas. La sociedad tecno-globalizada nos llegó demasiado rápido, y no sabemos cómo manejar su impacto.

Si a esto le sumamos la llegada de la inteligencia artificial, vemos cómo la realidad nos supera ampliamente; esto no es insignificante, ni para nuestra vida en general ni para la vida espiritual que buscamos desarrollar como cristianos. La invasión inevitable de la tecnología nos tiene acorralados, somos víctimas de nuestro propio humanismo independiente.

El consumismo volátil que nos llega de forma digital nos hace asimilar noticias, artículos y mensajes de manera ligera y superficial. Apenas tenemos tiempo de digerir la información y ya estamos pasando a otro tema. En la televisión hacemos zapping, y en el móvil miramos reels de forma vertiginosa.

Los expertos afirman que, si no utilizamos nuestra atención y ejercitamos creatividad, memoria y concentración, estas habilidades terminarán deteriorándose de manera peligrosa. Nuestro cerebro es como un músculo que necesita tanto de entrenamiento como de descanso para fortalecerse y repararse. Es necesario detener el ruido mental al que estamos expuestos y encontrar espacio para pensar.

Si no logramos esto de forma natural, también lo sufriremos espiritualmente. De hecho, estamos perdiendo el tiempo para leer la Biblia en calma, reflexionando y meditando en ella. La mayoría de los cristianos la lleva en su móvil y solo la lee cuando alguien cita un pasaje en una predicación o cuando recuerda algo específico que desea verificar. Pero el contacto continuo con el libro se está perdiendo.

Al carecer de un claro panorama bíblico, muchos buscan un versículo específico por referencia, pero si tienen una Biblia física en la mano, no sabrían dónde encontrarlo. Leer las Escrituras durante el desayuno es casi imposible hoy en día, porque todos están apurados; casi nadie dispone de una hora para sentarse con tranquilidad en un devocional familiar. Así como se está perdiendo el diálogo familiar, se está perdiendo también el diálogo con Dios.

De hecho, si alguien ora brevemente al desayunar, ¿qué posibilidades hay de que encuentre un momento de sosiego para pasar tiempo en la intimidad con Dios? No me refiero a estar de rodillas una hora repitiendo palabras, sino a

dedicar un momento en el que la mente, el corazón y el espíritu puedan ser ofrecidos a Dios, para que Él obre a través de Su Espíritu Santo.

Derramarnos en Dios, abandonarnos en Él y perdernos a nosotros mismos, es lo más glorioso que podemos hacer en la vida, pero la mayoría de los cristianos pasan esto por alto. Entiendo que los tiempos actuales dificultan este beneficio, pero no debemos caer en sus engaños. Deleitarnos en la presencia de Dios es nuestro mayor privilegio.

Imagino a un Abraham sentado en el campo, observando estrellas exponencialmente más visibles por la falta de luz artificial. Imagino el silencio del desierto, una brisa suave y el crujir de una pequeña fogata a su lado. ¿Cómo no escuchar en lo profundo de su corazón la firme voz del Señor diciéndole que salga de su tierra y de su parentela?

Nosotros necesitaríamos un correo electrónico con especificaciones, o un mensaje claro de voz en WhatsApp, pero el silencio y la soledad no son los medios de comunicación más utilizados hoy en día. El sosiego no debería ser solo el derecho de un monje en penitencia, sino el derecho de todo hijo de Dios, que busca la comunión con el Padre.

Es cierto que Abraham también experimentó algunas visitas más impactantes que el silbo apacible de una

noche en el desierto. De hecho, en **Génesis 18** encontramos un relato extraordinario:

“Después le apareció Dios en el encinar de Mamre, estando él sentado a la puerta de su tienda en el calor del día. Y alzó sus ojos y miró, y he aquí tres varones que estaban junto a él; y cuando los vio, salió corriendo de la puerta de su tienda a recibirlos, y se postró en tierra, y dijo: Señor, si ahora he hallado gracia en tus ojos, te ruego que no pases de tu siervo. Que se traiga ahora un poco de agua, y lavad vuestros pies; y recostaos debajo de un árbol, y traeré un bocado de pan, y sustentad vuestro corazón, y después pasaréis; pues por eso habéis pasado cerca de vuestro siervo. Y ellos dijeron: Haz así como has dicho...”

A primera vista, este podría parecer un relato común sobre la visita casual de unos viajeros de paso, salvo porque desde el comienzo se nos dice que Dios se apareció a Abraham en el encinar de Mamré. La hospitalidad que ofreció Abraham, ciertamente fue ejemplar, adecuada y generosa, considerando el valor que la gente pastoril de Hebrón podía otorgarle a una buena recepción. Algo para beber, algo para comer, y agua fresca para los pies cansados por el calor y el polvo del camino.

Observemos que Abraham no hizo ninguna pregunta a sus visitantes; simplemente se inclinó amablemente para atenderlos. Cuando ellos aceptaron su hospitalidad, Abraham corrió a la tienda donde estaba Sara y le dijo: *“Toma pronto tres medidas de flor de harina, y amasa y haz panes cocidos*

debajo del rescoldo...” Esto no es poco, ya que, según algunas versiones bíblicas, le pidió que tomara unos veinte kilos de la mejor harina para hornear pan. Luego fue al corral, eligió el ternero más gordo y se lo dio a un sirviente para que lo preparara de inmediato. Además del ternero, Abraham ofreció a sus invitados, mantequilla y leche. En ocasiones me he preguntado: ¿cuánto tiempo habrán tardado Sara y los criados en preparar todo esto?

Puede parecer una pregunta trivial, pero en realidad tiene relevancia, pues revela la cultura y la gestión del tiempo en los tiempos bíblicos. ¿Qué haríamos nosotros si al visitar una casa, nos dijeran que van a sacrificar un animal para cocinarnos guisado, o que apenas comenzarán a amasar el pan para hornearlo?

Probablemente, tendríamos que estar dispuestos a pasar todo el día allí, algo que para la vida moderna no resulta muy lógico. Claro, al leer la historia, ¿quién no querría pasar el día con el Señor y un par de ángeles? Pero más allá de eso, la anécdota nos invita a reflexionar sobre la cultura y las costumbres de aquellos tiempos.

Hoy en día, pocos se tomarían tantas horas esperando la preparación de una comida; la mayoría preferiría pedir un servicio de entrega a domicilio. Esto nos muestra que percibimos el tiempo de manera diferente. Hoy tenemos todo para “ahorrar” tiempo, pero curiosamente es lo que decimos no tener.

Mientras los visitantes comían, Abraham se mantuvo de pie bajo un árbol, atento para servirles. Fue entonces cuando le preguntaron: ***“¿Dónde está tu esposa?”*** Abraham respondió: ***“Está dentro de la tienda”***. Entonces el Señor le dijo: ***“De cierto volveré a ti; y según el tiempo de la vida, he aquí que Sara, tu mujer, tendrá un hijo...”*** (Génesis 18:10).

Sara, que estaba a la entrada de la tienda detrás de Abraham, escuchó la conversación y se rió para sí misma, pensando en su avanzada edad. Entonces Dios le dijo a Abraham: ***“¿De qué se ríe Sara? ¿Acaso no cree que puede ser madre, a pesar de su edad? ¿Hay algo que yo no pueda hacer? El año que viene, por estos días, volveré a visitarte, y para entonces Sara ya será madre...”*** (Génesis 18:13-14).

El patriarca y su esposa recibieron una visita divina y una palabra extraordinaria en un tiempo sin pacto, ni Ley. No tenían Escrituras ni ministros que les enseñaran, pero poseían tiempo, quietud y un corazón dispuesto a servir.

Si en nuestra vida, en lugar de hacer tantas cosas, de andar tan apurados y de hablar sin cesar, procuráramos el sosiego, la calma y el servicio, especialmente a Dios, tendríamos la posibilidad de escuchar mucho más. Nos resulta difícil desconectarnos del ruido. De hecho, si prestamos atención, notaremos que en nuestras oraciones no dejamos de hablar.

Para los ministros de Dios, es esencial detenerse, y aprender a escuchar al Señor. En lugar de atender únicamente

las demandas de las personas y de la obra, deberíamos servir primeramente a Dios. Recibirlo en la intimidad, enfocarnos exclusivamente en Él y tener un corazón dispuesto a escuchar. No tengo duda de que esto, es lo que puede desatar la efectividad del Reino en nuestras vidas.

Recordemos que no se puede vivir el Reino sin comunicación. Hablar nosotros en la oración no implica necesariamente escuchar. No sugiero que dejemos de hablar, sino que aprendamos a escuchar, algo que solo lograremos practicando el silencio y cultivando el sosiego de un corazón dispuesto.

“Estad quietos, y sabed que yo soy Dios; exaltado seré entre las naciones, exaltado seré en la tierra”.

Salmos 46:10

“Cuanto más tranquilo se vuelve un hombre, mayor es su éxito, sus influencias, su poder. La tranquilidad de la mente es una de las bellas joyas de la sabiduría”.

(James Allen)

Capítulo dos

El Sosiego Forzoso

“Y tomó su señor a José, y le puso en la casa de la cárcel, donde estaban los presos del rey, y estuvo allí en la casa de la cárcel”.

Génesis 39:20 OSO

José fue el undécimo hijo de Jacob y el primero con Raquel, su esposa favorita, por lo cual lo amaba de una manera muy especial. De hecho, le había regalado una túnica de diversos colores que lo destacaba entre sus hermanos (**Génesis 37:3**), lo cual provocó una gran envidia en ellos.

Para empeorar las cosas, José, siendo apenas un joven de diecisiete años, comenzó a relatar a su familia unos sueños proféticos en los que se mostraba a sí mismo gobernando sobre ellos (**Génesis 37:5 al 11**). Este hecho incrementó el resentimiento de sus hermanos, que alcanzó su punto máximo cuando conspiraron para matarlo en el desierto.

Rubén, el primogénito, se opuso a su asesinato y sugirió lanzarlo en una cisterna, ya que planeaba regresar más tarde para rescatarlo. Sin embargo, en la ausencia de Rubén, una caravana de mercaderes pasaba cerca del lugar, y Judá propuso vender a José como esclavo.

Los hermanos lograron así su cometido antes de que Rubén pudiera intervenir; luego, tomaron la túnica de José y, después de mancharla con la sangre de una cabra, engañaron a su padre haciéndole creer que su hijo favorito había sido devorado por una bestia salvaje (**Génesis 37:18 al 35**).

José fue vendido por los mercaderes a un egipcio de alto rango llamado Potifar y, eventualmente, se convirtió en el supervisor de su casa. En **Génesis 39**, leemos de qué manera José sobresalió en sus funciones, ganándose la confianza de Potifar, quien lo puso a cargo de toda su casa.

Lamentablemente, la esposa de Potifar intentó seducir a José, pero él se negó, demostrando su respeto hacia su amo, que le había confiado tanto, y considerando que ceder a esa tentación, sería un gran mal contra su amo, y un pecado contra Dios (**Génesis 39:9**). Al ser rechazado repetidamente, la mujer lo acusó falsamente de haber intentado abusar de ella, y Potifar, al enterarse de esa acusación, decidió encarcelar a José.

Un cargo de ese tipo, habría sido suficiente para condenar a muerte a cualquier hombre, pero José solo fue enviado a una prisión reservada para presos de alto rango.

Esto podría indicar que Potifar tenía dudas sobre su culpabilidad. Quizás porque dudaba de su esposa, o quizás había cultivado una gran confianza en José y lo consideraba un hombre fiel y temeroso de Dios.

“Pero el Señor estaba con José, y le mostró su misericordia, y le dio gracia ante los ojos del jefe de la cárcel”.

Génesis 39:21

Dios continuó mostrando Su misericordia hacia José, concediéndole el favor del jefe de la prisión, quien le asignó responsabilidades importantes. Este jefe observó lo mismo que Potifar: que Dios estaba con José y que, por tal motivo, todo lo que hacía prosperaba.

“Y sucedió después de estas cosas, que el copero y el panadero del rey de Egipto ofendieron a su señor, el rey de Egipto”.

Génesis 40:1

Después de un tiempo, el copero y el panadero del rey fueron encarcelados por una ofensa que la Biblia no detalla. Ambos fueron puestos bajo la supervisión directa de José (**Génesis 40:4**). Una mañana, José notó que estaban consternados y les preguntó la causa de esa turbación. Ellos le respondieron: ***“Hemos tenido un sueño, y no hay nadie que lo interprete”***. Entonces José les dijo: ***“¿Acaso no son de Dios las interpretaciones? Contádmelo ahora”*** (Génesis 40:8).

José interpretó correctamente ambos sueños. Primero, el copero le contó el suyo, ya que se sentía inocente de cualquier falta grave contra el rey. El panadero, aunque dudaba, también relató su sueño al ver que la interpretación del copero había sido favorable. Sin embargo, la interpretación de su sueño reveló que sería ejecutado.

“Acuérdate, pues, de mí cuando te vaya bien, y te ruego que uses de misericordia conmigo, y hagas mención de mí ante Faraón, y me saques de esta casa. Porque fui hurtado de la tierra de los hebreos; y tampoco he hecho aquí nada por lo cual debiera estar en la cárcel”.

Génesis 40:14 y 15

Aquí encontramos una enseñanza para nosotros. José, confiado en que el copero sería restaurado, le pidió que, al recuperar su libertad, no olvidara que había sido él quien le interpretó el sueño correctamente. Le rogó que intercediera por él y por su libertad.

“Más el jefe de los coperos no se acordó de José, sino que se olvidó de él”.

Génesis 40:23

Hasta este punto en la historia bíblica de José, vemos a un joven fiel a Dios, capaz de recibir e interpretar sueños, sumamente responsable, trabajador y con la resiliencia suficiente para seguir adelante a pesar de toda adversidad. Sin embargo, también lo vemos como alguien muy determinado

en su labor, siempre activo y enfocado en las tareas que se le encomendaban.

Sin duda, José era un joven con mucha fe, porque no dudó respecto de los sueños que había recibido ni de la presencia de Dios, a pesar de las pruebas. Mostraba una gran actitud ante cada desafío, pero también una necesidad de que sus capacidades espirituales fueran reconocidas. Notemos sus palabras en la versión lenguaje sencillo: ***“Por favor, cuando todo esto suceda, no te olvides de mí. Tan pronto puedas, háblale de mí al rey, y sácame de esta cárcel”*** (Génesis 40:14).

No vemos a José orando a Dios para que lo libere de la cárcel, ni reconociendo a Dios por las interpretaciones de los sueños. No exaltó a Dios ante el copero; en cambio, le pidió que se acordara de él y que intercediera a su favor. Puede que esto parezca un detalle menor, pero desde la perspectiva de Dios, creo que tenía un significado importante. Lo que estaba por venir en la vida de José sería extraordinario, y requeriría un corazón muy humilde y dependiente.

“Pero el jefe de los coperos no se acordó de José, sino que se olvidó de él.

Y aconteció que al cabo de dos años, Faraón tuvo un sueño; y he aquí, soñó que estaba de pie junto al Nilo”.

Génesis 40:23 y 41:1

Observemos que pasaron dos años desde aquel pedido al copero hasta que el faraón tuvo un sueño que necesitaba

ser interpretado. Dos años más en la cárcel, dos años más de espera, enfrentando el olvido y la resignación; dos años de quietud en una prisión, en el confinamiento indeseado de una pequeña celda.

La Biblia no nos da detalles de esos dos años. De hecho, pareciera mencionarlo tan solo como un dato histórico, pero no es así. En la vida de un prisionero, dos años es mucho, mucho tiempo. Notemos que José, había sido vendido por sus hermanos cuando tenía diecisiete años, y fue llamado por el faraón recién cuando tenía treinta (**Génesis 41:46**). Aunque no tenemos datos precisos sobre sus años de esclavitud y prisión, sabemos que su proceso fue largo y difícil.

Por eso, también me permito imaginar que esos dos años fueron, al menos en parte, fueron para José, un tiempo de reflexión y de sosiego espiritual. Esto lo considero así, porque Dios siempre tiene todo bajo Su control, y el sueño del faraón se produjo en el tiempo de Su voluntad. Además, sabemos que el copero, no recordó a José por mera casualidad, sino que el recuerdo de José, se despertó en su mente en el momento adecuado, tanto para la nación de Egipto, como para el corazón de José.

Dios siempre hace, o permite que las cosas ocurran en el momento oportuno. La historia nos muestra que esperó el crecimiento de Moisés para convertirlo en libertador; esperó a Sansón desde su nacimiento para hacerlo juez; esperó que Samuel creciera para consagrarlo como un gran sacerdote;

esperó a David para ponerlo en el trono; esperó a Jeremías para enviarlo como profeta, esperó a Daniel hasta el tiempo de su revelación, y esperó a Jesús, quien tuvo que llegar a los treinta años para redimir a la humanidad. Dios siempre espera el momento preciso para actuar. Él es Eterno y no tiene apuro, Él sabe cuándo, y sabe cómo deben acontecer las cosas.

Esto me sugiere un trabajo profundo en el corazón de José. Creo que esos dos últimos años fueron claves, porque antes de que el copero fuera liberado, José le había pedido que no se olvidara de él. Pero cuando finalmente lo buscaron, algo había cambiado en el corazón de José.

“Faraón mandó llamar a José, y lo sacaron aprisa del calabozo; y después de afeitarse y cambiarse sus vestidos, vino a Faraón. Y Faraón dijo a José: He tenido un sueño y no hay quien lo interprete; y he oído decir de ti, que oyes un sueño y lo puedes interpretar. José respondió a Faraón, diciendo: No está en mí; Dios dará a Faraón una respuesta favorable”.

Génesis 41:14 al 16

José pasó de decir: “No te olvides que soy el intérprete de sueños” a reconocer su incapacidad al decir: “Yo no soy el que interpreta sueños; solo Dios puede darnos tal cosa...” En estos dos años, José aprendió a depender del Señor. Es la primera vez en la historia que lo vemos vulnerable y rendido. El José que llegó a Egipto era autosuficiente y capaz; el José

que emerge de la prisión es un hombre humilde, sometido a la voluntad y poder de Dios.

El sosiego tiene la capacidad de ordenar nuestros pensamientos, pero no hablo de cualquier sosiego, sino del que se experimenta en la presencia del Señor. Cuando le damos a Dios tiempos de calidad, permitiéndole en la quietud trabajar en nuestro corazón, no podemos quedar igual: sin duda, en Su presencia somos transformados.

“Pero cada vez que alguien se vuelve al Señor, el velo es quitado. Ahora bien, el Señor es el Espíritu; y donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad. Así, todos nosotros, que con el rostro descubierto reflejamos como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados a su semejanza con más y más gloria por la acción del Señor, que es el Espíritu”.

2 Corintios 3:16 al 18 NVI

Estar en la presencia de Dios, en un estado de sosiego espiritual, es una de las experiencias más enriquecedoras que podemos vivir. Esa quietud trae una calma profunda, un bienestar inspirador que puede revelarnos las intenciones del corazón de Dios (**1Corintios 2:10 al 12**). Este sosiego espiritual no es solo la ausencia de agitación, ansiedad o inquietud; es una conexión profunda con nuestro Padre que nos permite ver nuestra condición y nos guía hacia la plenitud.

José no solo interpretó el sueño del faraón, sino que también le aconsejó qué hacer: *“Ahora bien, busque el*

faraón un hombre prudente y sabio y póngalo sobre toda la tierra de Egipto. Nombre intendentess sobre el país y exija un quinto de la producción durante los siete años de abundancia. Que recojan todos los víveres de esos años buenos, almacenen el grano en las ciudades y lo protejan. Así habrá una reserva para el país en los siete años de hambre, para que el país no perezca” (Génesis 41:33 al 36).

Con esta detallada propuesta, José demostró que su percepción espiritual y su dependencia de Dios estaban profundamente afinadas, lo cual impresionó al faraón.

Tras escuchar a José, el faraón dijo: ***“¿Acaso hallaremos a otro hombre como éste, en quien esté el Espíritu de Dios? Pues ya que Dios te ha revelado todo esto, no hay nadie tan sabio y entendido como tú. Tú estarás sobre mi casa, y todo mi pueblo obedecerá tus órdenes; solo yo, como rey, seré superior a ti”*** (Génesis 41:38 al 40).

Esto va más allá de la interpretación de un sueño. Faraón vio en José algo mucho más profundo que una simple habilidad interpretativa; percibió en él al Espíritu de Dios. Cuando alguien ha pasado tiempo en la presencia del Señor, se nota claramente; esto era así entonces y lo es aún más en los días del Nuevo Pacto.

“Faraón quitó su anillo de su mano y lo puso en la mano de José; lo vistió con ropas de lino finísimo y le colocó un collar de oro en su cuello. Lo hizo subir en su segundo

carro, y proclamaron ante él: ¡Doblad la rodilla!; y lo puso sobre toda la tierra de Egipto.

Y dijo Faraón a José: Yo soy el faraón, pero sin ti nadie levantará su mano ni su pie en toda la tierra de Egipto”.

Génesis 41:42 al 44

Conocemos la historia, Dios prosperó a José hasta el punto de colocarlo como gobernador de la nación más poderosa de la época. Lo elevó a lo más alto en la escala de autoridad en el mundo conocido de esa época.

Cuando el hambre azotó la región, Canaán también fue afectada. Jacob, el padre de José, envió a diez de sus hijos a Egipto para comprar grano (**Génesis 42:1 al 3**). Después de varios encuentros y un trato especial de José hacia ellos, finalmente se reveló a sus hermanos (**Génesis 45:1 al 3**).

Cuando se dio a conocer, José intentó tranquilizarlos, diciéndoles que no se culparan por lo que le habían hecho, y les explicó que había sido Dios quien lo había enviado a Egipto para preservar sus vidas (**Génesis 45:4 al 8**). José entregó alimento a sus hermanos y los envió de regreso a su padre, para traer con ellos a toda la familia, permitiéndoles vivir en un pueblo llamado Gosén, donde él podría sustentarlos con todo bien necesario (**Génesis 45:9 al 47:12**).

Años más tarde, José reafirmó su perdón tras la muerte de su padre, diciendo que, aunque sus hermanos planearon hacerle daño, Dios transformó ese mal en bien (**Génesis 50:15 al 21**). La historia de José muestra cómo Dios

soberanamente obra para vencer el mal y llevar a cabo Sus planes. Después de todo el sufrimiento vivido, José pudo ver la mano de Dios trabajando en cada momento.

Cuando hablo de un sosiego forzoso, no pretendo ser yo quién termine forzando una interpretación que suene novedosa. No hay versículos en los cuales José explique todo lo que sintió en su corazón de manera directa. Sin embargo, creo que sus acciones y actitudes muestran un cambio evidente, pasando de ser un joven soñador, a un hombre maduro y responsable.

Nadie llega de un punto a otro sin un tratamiento profundo de parte del Señor. Es cierto que los procesos de José son esenciales, pero los procesos sin sosiego de reflexión no garantizan transformación.

La intención del Señor al permitirnos pasar por procesos de aflicción es que podamos experimentar el quebrantamiento de nuestro “yo” y recibir el suministro de Su Espíritu. Pero hay quienes superan procesos sin cambios. Lo que realmente genera sabiduría espiritual es el sosiego en la presencia del Señor.

Es en ese estado donde el Señor puede hablarnos y penetrar las fibras más íntimas de nuestro ser. Las circunstancias nos conmueven, y el alma argumenta desesperadamente; si a esto sumamos que a nuestro alrededor, siempre habrá gente con el derecho de opinar libre y livianamente de nuestra situación, así como el murmullo de

las aguas tormentosas, es lógico que terminemos en confusión.

A nadie le gusta la idea de sufrir prisiones a modo de malhechor, y en verdad deseo que nadie tenga que padecer tal cosa, pero si cada tanto, tuviéramos la oportunidad de un encierro voluntario y de experimentar un silencio inevitable, seguramente podríamos calibrar nuestras ideas con mucha mayor precisión.

***“¡Temblad y no pequéis más!
Ya acostados, y en silencio,
Examinad vuestra propia conciencia...”***
Salmo 4:4

“Los grandes acontecimientos no corresponden a nuestros momentos bulliciosos, sino a nuestros momentos de tranquilidad”.
(Friedrich Nietzsche)

Capítulo tres

El Sosiego y La presencia

“Por la fe Moisés, cuando nació, fue escondido por sus padres por tres meses, porque le vieron niño hermoso, y no temieron el decreto del rey.

Por la fe Moisés, hecho ya grande, rehusó llamarse hijo de la hija de Faraón, escogiendo antes ser maltratado con el pueblo de Dios, que gozar de los deleites temporales del pecado, teniendo por mayores riquezas el vituperio de Cristo que los tesoros de los egipcios; porque tenía puesta la mirada en el galardón”.

Hebreos 11:23 al 26

Moisés es una de las figuras más destacadas en el Antiguo Testamento, y quiero tomar su ejemplo para comprender la diferencia entre un sosiego sin la presencia de Dios y un sosiego en la misma presencia del Señor. Aunque Dios es omnipresente y siempre está, existe un misterio en ello: aun cuando siempre esté, Él puede manifestarse de manera especial o no.

La diferencia que deseo resaltar es entre un sosiego con Su presencia manifiesta y un sosiego sin Su preciosa manifestación. ¿Por qué elijo a Moisés? Porque aunque tenemos varios ejemplos en la Biblia, el de Moisés es muy esclarecedor y suficiente para mi objetivo.

Moisés es uno de los personajes más destacados en las Escrituras porque fue el hombre escogido para llevar la redención a los hebreos; además, fue el canal a través del cual el Señor entregó la Ley a toda la nación. Además, al igual que en otros personajes, encontramos en Moisés una sombra y tipología de la persona y ministerio de Jesucristo.

En **Éxodo 2**, vemos que Jocabed, la madre de Moisés, intenta desesperadamente salvar a su hijo de la persecución de los egipcios al colocarlo en una canasta en el Nilo. La canasta es finalmente encontrada por la hija del faraón, quien lo adopta como su propio hijo y lo cría en el palacio del mismo faraón.

A medida que Moisés crece hasta su adultez, alrededor de los cuarenta años, comenzó a identificarse con sus parientes hebreos y observó con cierto asombro, el sufrimiento que padecían como esclavos.

En una ocasión, Moisés presenció cómo un egipcio golpeó a uno de ellos; entonces, él intervino matando al egipcio. Sin embargo, al darse cuenta de que su acto criminal había trascendido, huyó a la tierra de Madián, donde conoció

a Séfora, quien se convirtió en su esposa (**Éxodo 2:15 al 21**). Moisés vivió en Madián por cerca de cuarenta.

“Y se le apareció el Angel de Jehová en una llama de fuego en medio de una zarza; y él miró, y vio que la zarza ardía en fuego, y la zarza no se consumía.

Entonces Moisés dijo: Iré yo ahora y veré esta grande visión, por qué causa la zarza no se quema.

Viendo Jehová que él iba a ver, lo llamó Dios de en medio de la zarza, y dijo: ¡Moisés, Moisés! Y él respondió: Heme aquí. Y dijo: No te acerques; quita tu calzado de tus pies, porque el lugar en que tú estás, tierra santa es.

Y dijo: Yo soy el Dios de tu padre, Dios de Abraham, Dios de Isaac, y Dios de Jacob. Entonces Moisés cubrió su rostro, porque tuvo miedo de mirar a Dios...”

Éxodo 3:2 al 6

Esta experiencia sobrenatural fue fundamental en la vida de Moisés. Fue nada menos que el momento en el que describe cómo Dios le habló desde la zarza ardiente, comisionándolo para ser el libertador de Su pueblo. Sin embargo, aunque Moisés terminó obedeciendo a Dios, expresó en esa circunstancia, las ideas que había cultivado en su corazón durante esos cuarenta años como pastor de ovejas.

“Ven, por tanto, ahora, y te enviaré a Faraón, para que saques de Egipto a mi pueblo, los hijos de Israel. Entonces Moisés respondió a Dios: ¿Quién soy yo para que vaya a Faraón, y saque de Egipto a los hijos de Israel? Y él respondió: Ve, porque yo estaré contigo; y esto te será por

señal de que yo te he enviado: cuando hayas sacado de Egipto al pueblo, serviréis a Dios sobre este monte”.

Éxodo 3:10 al 12

Recordemos que Moisés había sido criado en la casa del faraón y, a pesar del lógico entorno pagano, tenía una mentalidad de libertad. Moisés era considerado un príncipe y había crecido con todos los beneficios de la casa real; por eso la Palabra dice: ***“Moisés había sido instruido en toda la sabiduría de los egipcios; y era poderoso en sus palabras y obras”*** (Hechos 7:22).

Por esta razón, Moisés no podía comprender que sus parientes hebreos toleraran la esclavitud impuesta por los egipcios. Sin embargo, al huir y refugiarse en el desierto, su mentalidad sufrió una gran transformación. Parece que cuarenta años de cuidar ovejas en las montañas le habían calado la confianza en sí mismo.

“Entonces dijo Moisés a Jehová: ¡Ay, Señor! nunca he sido hombre de fácil palabra, ni antes, ni desde que tú hablas a tu siervo; porque soy tardo en el habla y torpe de lengua. Y Jehová le respondió: ¿Quién dio la boca al hombre? ¿O quién hizo al mudo y al sordo, al que ve y al ciego? ¿No soy yo Jehová? Ahora pues, ve, y yo estaré con tu boca, y te enseñaré lo que hayas de hablar”.

Éxodo 4:10 al 12

Es curioso que Moisés dijera que “nunca” había sido un hombre de fácil palabra, cuando las Escrituras relatan que

fue poderoso en palabras y obras (**Hechos 7:22**). Sin duda, el sosiego de un desierto sin la presencia divina puede hablar más fuerte de lo que imaginamos y tener efectos profundos en cualquier persona.

La palabra “desierto” en hebreo es la palabra “*midbar*”, que significa “campo abierto donde se arrea ganado”, pero también significa “habla o discurso”, porque deriva de la raíz “*dabar*”, que significa “conversar, declarar, hablar”. Así, el desierto es “el lugar para el habla”. Se considera que esto deriva del hecho que el desierto, es un lugar donde la voz de los pastores puede oírse claramente para guiar a sus rebaños.

Para nosotros, el desierto puede no ser un lugar físico, sino el ámbito en el cual el buen pastor puede hablarnos al corazón. Así lo hizo con Agar (**Génesis 16:9**), con Jacob (**Génesis 28**), con los hebreos (**Salmo 78:12 al 19**), con el profeta Elías (**1 Reyes 19**), con el rey David (**Salmo 63**), a través de Juan el Bautista (**Juan 1:23**) y, por supuesto, lo sigue haciendo con nosotros hoy, en el silencio de nuestros desiertos.

Obviamente, para nosotros, los desiertos no son físicos, sino espirituales, pero siguen tan vigentes como siempre. Debemos considerar que, si el buen pastor parece no estar presente en esos desiertos, es porque está tratando con nuestro “yo”, permitiendo que nuestra propia mente nos hable, o incluso permitiendo que el diablo entre en escena (**Mateo 4:1**).

Moisés había sido instruido en la cultura egipcia y criado en el palacio del faraón, lo cual lo forjó como un orgulloso príncipe. Por eso, Dios permitió sus años de soledad en el desierto. Antes de comisionarlo como libertador, era necesario tratar con su orgullo. Esa es la característica de los sosiegos en los que la presencia divina no se manifiesta; son sosiegos descendentes que pueden llevarnos al descrédito de nosotros mismos, hasta que Dios decida entrar en escena.

En el caso de quienes no tienen un propósito divino, los desiertos pueden ser muy crueles y causar un efecto tanto descendente como ascendente, ya que Dios no está permitiendo o generando ningún trato especial. En esos casos, las personas pueden caer en depresión, exaltar su ego o incluso caer en las redes del diablo. Son sosiegos sin equilibrio emocional, porque la verdad y la vida no están presentes.

Sin embargo, cuando la presencia de Dios está en el asunto, aunque no se manifieste, nuestro ego es tratado de modo que se ve forzado a encontrar equilibrio. Si confiamos demasiado en nosotros mismos, Dios nos quitará esa confianza y nos enseñará a confiar en Él; pero si perdemos en exceso nuestra autoestima, el Señor nos enseñará a vernos como Él nos ve, llevándonos a un equilibrio emocional, espiritual y práctico.

Cuando el sosiego se practica sin Dios, pueden ocurrir dos cosas: o el ego se ensalza como si fuera todopoderoso, o

cae en las profundidades del descrédito y la depresión. Esto último fue lo que le ocurrió a Moisés. El contraste entre su vida como príncipe y su vida como pastor montañés lo llevó a la desesperanza, hasta el punto de pensar que era demasiado viejo e incapaz de cumplir una misión divina.

“Y Moisés dijo: ¡Ay, Señor! envía, te ruego, por medio del que debes enviar. Entonces Jehová se enojó contra Moisés y dijo: ¿No conozco yo a tu hermano Aarón, levita, y que él habla bien? Y he aquí que él saldrá a recibirte, y al verte se alegrará en su corazón. Tú hablarás a él, y pondrás en su boca las palabras, y yo estaré con tu boca y con la suya, y os enseñaré lo que hayáis de hacer...”

Éxodo 4:13 al 15

Aquí vemos claramente que Moisés no veía a Dios como su fuerza para la misión; solo pensaba en sus propias limitaciones. Por eso concluyó: “Si yo no soy capaz, entonces envía a otro”. No lo vemos considerar que, si Dios lo enviaba, también lo sostendría en autoridad y poder.

Las personas que sufren de un sosiego descendente durante años, no logran verse en Dios fácilmente. Curiosamente, lo mismo sucede con quienes han pasado años en un sosiego ascendente: se creen tan capaces de sí mismos que les cuesta mucho depender de Dios. En realidad, estar muy abajo o muy arriba es la característica común de quienes no conocen al Señor, porque el equilibrio perfecto solo nos llega con la vida de Cristo.

El humanismo trabaja incansablemente para cultivar en las personas una mentalidad ascendente, convenciéndolas de que pueden hacerlo todo por sí mismas. De eso se ocupa la psicología, la filosofía y muchas religiones del mundo. Con sus herramientas intentan convencer a las personas de que pueden ser exitosas, de que lo pueden todo y que solo necesitan convicción, autoconfianza y la motivación correcta.

Sin embargo, para funcionar eficazmente en Dios, es necesario que los autosuficientes sean quebrantados y que quienes se creen incapaces sean empoderados en el Señor. Dios necesita llevarnos a una estima equilibrada; si nos creemos extremadamente capaces, como le ocurrió a Moisés en su juventud, Dios no nos respaldará ni podrá usarnos. Y si no nos consideramos nada, como le ocurrió a Moisés en su vejez, tampoco serviremos. Dios necesita en nosotros fe en Él y dependencia.

Al final, Dios prometió enviar a Aarón, hermano de Moisés, para ayudarlo en la misión. El resto de la historia es bien conocida. Moisés y su hermano Aarón, fueron al faraón en nombre de Dios y le exigieron que dejara ir al pueblo para adorar. Faraón obstinadamente se negó una y otra vez, lo cual desató las diez plagas de juicio divino, siendo la última la muerte de los primogénitos.

Después del Éxodo, Moisés llevó al pueblo a la orilla del Mar Rojo, donde Dios proveyó otro milagro para salvarlos, dividiendo las aguas y permitiendo que los hebreos

cruzaran al otro lado, mientras el ejército egipcio se ahogaba (**Éxodo 14**). Moisés condujo al pueblo al pie del monte Sinaí, donde Dios les dio la Ley y estableció el antiguo pacto con la recién formada nación de Israel (**Éxodo 19-24**).

“Moisés entró en la nube mientras subía al monte. Y permaneció en el monte cuarenta días y cuarenta noches.”

Éxodo 24:18 NVI

Moisés ayunó durante cuarenta días y cuarenta noches en dos ocasiones distintas. La primera fue cuando ascendió al monte Sinaí para recibir las tablas de la Ley de Dios. Durante este tiempo, Moisés estuvo en la presencia directa de Dios, recibiendo la revelación divina y los mandamientos que guiarían a los israelitas.

En ese momento, Moisés fue acompañado por Josué, su servidor, quien se acercaba lo más que podía (**Éxodo 24:13**). Cuando Moisés recibió las tablas de la Ley y se disponía a descender al pueblo, notó que, confundidos por su ausencia, los israelitas habían construido un becerro de oro para adorarlo. Entonces, Moisés arrojó las tablas, y se desató un juicio en el cual murieron tres mil hebreos a manos de sus hermanos.

“Y Jehová dijo a Moisés: Escribe tú estas palabras; porque conforme a estas palabras he hecho pacto contigo y con Israel. Y él estuvo allí con Jehová cuarenta días y

cuarenta noches; no comió pan, ni bebió agua; y escribió en tablas las palabras del pacto, los diez mandamientos”.

Éxodo 34:27

La segunda vez que Moisés estuvo cuarenta días y cuarenta noches fue después del juicio de Dios sobre Israel por la adoración al becerro de oro. En esta ocasión, Moisés subió solo al monte Sinaí por orden directa de Dios. Este episodio también es narrado en **Deuteronomio 10:10**, donde se señala que fueron cuarenta días, igual que en la primera ocasión en que Moisés ascendió a la presencia de Dios.

La Escritura no dice que Dios le ordenara un ayuno de cuarenta días a Moisés. De hecho, el ayuno no es algo que Dios nos demande a los cristianos hoy en día. No obstante, la Biblia presenta el ayuno como algo bueno, beneficioso y conveniente, aunque no obligatorio. El ayuno con frecuencia está ligado a la oración, a tiempos de búsqueda de una mayor intimidad con Dios (**Lucas 2:37; 5:33**), o ante la necesidad de tomar decisiones importantes (**Hechos 13:4; 14:23**).

Generalmente, el ayuno se considera como la abstención de alimentos, pero en realidad es mucho más que eso, pues su propósito es la negación del “yo”, el concentrarnos en la presencia de Dios y quitar la atención de los deseos de este mundo. El ayuno es una forma de demostrar a Dios, y a nosotros mismos, que tomamos en serio nuestra comunión con Él y que deseamos profundizar en la intimidad con Él.

El propósito del ayuno no es solamente someter al cuerpo, sino enfocarnos principalmente en el Reino de Dios. El ayuno bíblico no es para perder peso, sino para ganar una relación más profunda con Dios. Tampoco es un medio para lograr que Dios haga lo que deseamos, como algunos creen. El ayuno nos cambia a nosotros, no a Dios.

En el caso de Moisés, el ayuno era parte de su santificación, purificación y preparación personal para acercarse a Dios en un pacto absolutamente demandante. Sin embargo, en este caso, mi planteamiento no se enfoca en el ayuno en sí, sino en el sosiego que pueden implicar cuarenta días en soledad, en el remanso de las laderas de la montaña.

Varias veces he participado en diferentes retiros espirituales, y todos, sin excepción, han sido muy efectivos, porque el principio es absolutamente práctico. Cualquier persona que se aparte de toda actividad, que se aleje de todo contacto laboral, familiar o social, que apague su móvil y se desconecte de todo, experimentará una conexión personal y con Dios muy especial.

El sosiego de Moisés cuidando ovejas y sin la presencia manifiesta de Dios solo le produjo conformidad y descrédito de sí mismo. El sosiego en el Sinaí, en busca de la presencia de Dios, lo hizo humilde, dependiente y empoderado para liderar. Sin duda, nadie puede quedar igual luego de atravesar un sosiego en busca de la presencia de Dios.

El sosiego de Moisés fue contemplativo. Su humilde rendición no contenía demandas; en cambio, subió al monte con un ruego sincero, buscando la misericordia de Dios para el pueblo. Aunque el Señor había contenido Su intención de exterminarlos, había decretado que Su presencia no acompañaría al pueblo en su viaje a la Tierra Prometida debido a su incredulidad.

“Jehová dijo a Moisés: Anda, sube de aquí, tú y el pueblo que sacaste de la tierra de Egipto, a la tierra de la cual juré a Abraham, Isaac y Jacob, diciendo: A tu descendencia la daré; y yo enviaré delante de ti el ángel, y echaré fuera al cananeo y al amorreo, al heteo, al ferezeo, al heveo y al jebuseo (a la tierra que fluye leche y miel); pero yo no subiré en medio de ti, porque eres pueblo de dura cerviz, no sea que te consuma en el camino”.

Éxodo 33:1 al 3

Moisés no aceptó esto y subió al monte para rogarle a Dios que Su presencia no los abandonara:

“Y dijo Moisés a Jehová: Mira, tú me dices a mí: Saca este pueblo; y tú no me has declarado a quién enviarás conmigo. Sin embargo, tú dices: Yo te he conocido por tu nombre, y has hallado también gracia en mis ojos. Ahora, pues, si he hallado gracia en tus ojos, te ruego que me muestres ahora tu camino, para que te conozca, y halle gracia en tus ojos; y mira que esta gente es pueblo tuyo. Y él dijo: Mi presencia irá contigo, y te daré descanso. Y

Moisés respondió: Si tu presencia no ha de ir conmigo, no nos saques de aquí”.

Éxodo 33:12 al 15

El sosiego en la presencia de Dios genera un enfoque y unos intereses correctos. Al desconectarnos de lo natural, surge una verdadera conexión con lo espiritual. Mientras el pueblo deseaba la tierra prometida y sus beneficios, Moisés deseaba solo la presencia de Dios.

Este tipo de sosiego transforma nuestros intereses. Es fundamental que todos practiquemos ese tipo de sosiego, que no significa necesariamente subir a una montaña, sino apartarnos de toda actividad personal. Por un lado, sería ideal dedicar unos días al año para retirarnos a un lugar solitario. Y, por otro, sostener el compromiso diario de apartar un tiempo de calidad e intimidad con Dios.

Lamentablemente, muchos hermanos que determinan tiempos especiales con Dios lo hacen en “modo pedido”. Es decir, se organizan para ayunar y orar con la intención de obtener beneficios personales, buscando cambios, provisión o el obrar de Dios a favor de sus necesidades. Sin embargo, al igual que Moisés, nuestra primera solicitud debería ser por la presencia de Dios y, si ya contamos con ella, buscar la manifestación de Su gloria.

“¿Y en qué se conocerá aquí que he hallado gracia en tus ojos, yo y tu pueblo, sino en que tú andes con nosotros, y que yo y tu pueblo seamos apartados de todos los pueblos

que están sobre la faz de la tierra? Y Jehová dijo a Moisés: También haré esto que has dicho, por cuanto has hallado gracia en mis ojos, y te he conocido por tu nombre. El entonces dijo: Te ruego que me muestres tu gloria”.

Éxodo 33:16 al 18

El sosiego en la presencia de Dios nos permite comprender que no hay nada más deleitoso que Dios mismo. Nuestros intereses se desvanecen poco a poco, y surge en nosotros un solo deseo: obtener más de Su presencia.

***“¿A quién tengo yo en los cielos sino a ti?
Y fuera de ti nada deseo en la tierra”.***

Salmo 73:25

“El signo más cierto de la sabiduría es la serenidad constante”.

(Michel Eyquem de Montaigne)

Capítulo cuatro

El Sosiego de un Corazón rendido

“Señor, anduve errante como una oveja perdida, buscándote con un ansioso razonamiento que pesaba en mi interior. Me agoté mucho buscándote fuera. Sin embargo, tú tenías tu habitación dentro de mí. ¡Si te hubiera anhelado, y jadeado en busca tuya! Anduve por las calles y plazas de las ciudades de este mundo sin hallarte, porque te buscaba en vano por fuera a ti, que estabas dentro”.

San Agustín

Pensamientos como los de San Agustín son los que me han llevado a escribir un libro como este. Me cuesta mucho asumir que, entre mis hermanos en la fe, hay muchos que parecieran ser víctimas de una extraña ceguera que los lleva a buscar a Dios y clamar por ver sus obras, sin comprender que ellos mismos son el templo viviente donde habita el Señor.

Su propio espíritu es el asiento y trono de Dios, pero estos hermanos parecen buscarlo mediante actividades externas. Mi planteamiento respecto del evangelio del Reino

hace absolutamente necesaria la revelación de la presencia divina, porque no podemos vivir bajo el gobierno de Dios sin recibir Su voluntad, plasmada permanentemente en nuestros corazones.

Quienes se inclinan por la teología fría desean igualmente vivir bajo el gobierno de Dios, pero el problema es que solo pretenden encontrar un versículo para respaldar sus decisiones. Y aunque hay versículos lo suficientemente contundentes como para no cuestionar algunas cosas, la intención de las Escrituras no es prescindir de la interacción con el Espíritu Santo.

Sin embargo, esta es la vida que viven muchos líderes espirituales, quienes enseñan a los hermanos a vivir siempre buscando y nunca disfrutando de la presencia de Dios. La interacción con el Espíritu Santo no es mística, o al menos no debería serlo. Que algunos hermanos mistifiquen este asunto, confundiendo una legítima comunión con el Espíritu con los simples deseos de sus almas, no descalifica ni anula la verdad de nuestras posibilidades.

Recordemos que el sosiego es la disposición, el ámbito y el tiempo que brindamos al Señor para que imprima en nosotros su esencia. Es en el sosiego espiritual donde podemos ser atravesados por su luz, ver y repeler los pensamientos equivocados y las operaciones de nuestra concupiscencia.

Es imposible ser tocados por su presencia sin que algo de nosotros muera en ese instante. No se trata de buenas intenciones o de voluntarismo religioso; se trata de muerte y de vida en resurrección. No hay explicaciones para este asunto ni métodos para acceder a tales privilegios; simplemente ocurre en el sosiego y cuando Dios lo desea. Se puede experimentar personalmente, pero no se pueden enseñar ni transferir estas experiencias.

La Biblia relata estos tratos de Dios con algunos personajes, y es muy beneficioso que estudiemos los detalles de esas experiencias. Sin embargo, no podemos obtener lo mismo que ellos a partir del simple conocimiento. Lo que debemos hacer es procurar una íntima comunión con el Señor, desde la búsqueda y la perseverancia de los buenos deseos.

***“Encámíname en tu verdad, y enséñame,
Porque tú eres el Dios de mi salvación;
En ti he esperado todo el día.
Acuérdate, oh Jehová, de tus piedades
Y de tus misericordias, Que son perpetuas”.***
Salmo 25:5 y 6

El rey David es un buen ejemplo de alguien que buscaba momentos de sosiego en la presencia del Señor. Notemos que escribió que esperaba todo el día una comunicación con Dios. Hoy en día es difícil encontrar a hermanos que se tomen el tiempo de sosiego con el fin de interactuar con Dios.

A lo largo de la vida de David, podemos ver en sus acciones profundos momentos de sosiego. Es claro que, desde joven, mientras apacentaba a las ovejas, meditaba y adoraba al Señor. Una vez más, vemos la importancia de la soledad y el silencio para obtener destellos de gran revelación. En esos primeros años, David pasó largas horas en los campos, rodeado solo de la naturaleza, y podemos ver que incluso la naturaleza, de algún modo lo disciplinaba.

*“Los cielos cuentan la gloria de Dios,
Y el firmamento anuncia la obra de sus manos.
Un día emite palabra a otro día,
Y una noche a otra noche declara sabiduría.
No hay lenguaje ni palabras,
Ni es oída su voz. Por toda la tierra salió su voz,
Y hasta el extremo del mundo sus palabras...”*

Salmo 19:1 al 4

Estos momentos de tranquilidad le permitieron comprender de primera mano la grandeza del Soberano Creador. Para David, el contraste de día y noche era una prueba evidente del poder de Dios. Nos invita a observar que, tanto en el reino de la naturaleza como en el de la providencia, el Señor no solo creó la luz, sino también la oscuridad, contraponiéndolas conforme a su voluntad.

En su descripción, es claro que David llegó a comprender, a través de la contemplación, lo que muchos no descubren con explicaciones explícitas (**Romanos 1:20**). Los tiempos de sosiego bien aprovechados pueden llenarnos de

sabiduría y entendimiento espiritual. Para nuestra vida con Dios, es mucho más efectivo el tiempo de sosiego en su presencia que el mero estudio de teología sistemática.

El lenguaje espiritual no es un lenguaje convencional, por lo tanto, no requiere de un conjunto de reglas gramaticales para su comprensión, sino de la simple observación de cómo están dispuestas las cosas y de cómo el propio universo comunica el mensaje eterno.

El lenguaje espiritual no tiene relación alguna con la ciencia o el desarrollo del conocimiento intelectual. Por el contrario, si logramos detenernos y observar atentamente, veremos que el inefable esplendor del universo está dispuesto para el deleite de la gloria de Dios y constituye en sí mismo un mensaje continuo para nosotros.

*“Jehová es mi pastor; nada me faltará.
En lugares de delicados pastos me hará descansar;
Junto a aguas de reposo me pastoreará.
Confortará mi alma; me guiará por sendas de justicia
Por amor de su nombre...”*

Salmo 23:1 al 3

Fue en tiempos de paz y soledad donde David compuso algunos de sus salmos más hermosos, en los cuales expresó su devoción y su dependencia de Dios. El **Salmo 23** es un claro ejemplo de ello: David describe a Dios como su buen Pastor, quien lo guía a lugares de delicados pastos y junto a

aguas de reposo, lo que refleja la calma y el sosiego que sentía al estar en su presencia.

Este es quizás uno de los salmos más conocidos de David, lleno de imágenes de paz y tranquilidad en contraste con las sombras de muerte. En estos escritos, David expresa una profunda confianza en Dios, quien le brindaba descanso y paz en el corazón.

La vida de David cambió cuando fue ungido como futuro rey y se vinculó con Saúl, quien lo recompensó por calmar sus ataques y por enfrentar al gigante Goliat. Sin embargo, el afecto y la admiración de la gente comenzaron a despertar celos en Saúl, quien finalmente comenzó a perseguirlo agresivamente.

Durante estas persecuciones, David vivió momentos de gran angustia, huyendo constantemente para salvar su vida. Sin embargo, en medio de la adversidad, buscaba refugio en Dios y encontraba momentos de sosiego.

***“Ten misericordia de mí, oh Dios,
Ten misericordia de mí;
Porque en ti ha confiado mi alma,
Y en la sombra de tus alas me ampararé
Hasta que pasen los quebrantos...”***
Salmo 57:1

Sus escritos reflejan cómo David se refugiaba en Dios, encontrando paz y calma en Su protección. Aunque estaba rodeado de peligro, estos momentos de oración y reflexión lo ayudaron a mantener la paz en su corazón y a confiar en el plan de Dios. De hecho, vemos que él mismo se exhortaba a despertarse y a enfocarse solamente en Dios.

***“Red han armado a mis pasos;
Se ha abatido mi alma;
Hoyo han cavado delante de mí;
En medio de él han caído ellos mismos. Selah
Pronto está mi corazón, oh Dios,
Mi corazón está dispuesto;
Cantaré, y trovaré salmos.
Despierta, alma mía; despierta, salterio y arpa;
Me levantaré de mañana.
Te alabaré entre los pueblos, oh Señor;
Cantaré de ti entre las naciones...”***
Salmo 57:6 al 9

Las palabras de este salmo dejan en claro la actitud que debemos tener ante Dios, aun en las pruebas más oscuras de nuestra vida. En cualquier situación y bajo cualquier circunstancia podemos clamar por la misericordia de Dios y expresarle nuestra confianza.

La fe en Dios es la llave para avanzar en la vida. Cuando nuestro ser es conmovido por la adversidad, debemos procurar la actitud de David, quien ordenaba a todo

su ser a despertar y alabar a Dios a pesar de cualquier situación.

***“A causa del poder del enemigo esperaré en ti,
Porque Dios es mi defensa.
El Dios de mi misericordia irá delante de mí;
Dios hará que vea en mis enemigos mi deseo...”***
Salmo 59:9 y 10

En medio de la angustia y el peligro, David encontraba consuelo y esperanza en la protección y fidelidad de Dios. Reconocía que solo Dios era su fortaleza y su refugio, y confiaba en que Él lo sostendría y lo libraría de sus enemigos. David se aferraba a la promesa de que Dios era su defensor y se determinaba a esperar, simplemente esperar.

Este salmo es un recordatorio para todos nosotros de que, incluso en medio de las dificultades y los ataques de los enemigos, podemos confiar en la protección y el poder de Dios. Nos anima a orar y clamar a Dios en tiempos de necesidad, confiando en que Él nos escuchará y actuará en nuestro favor en el momento preciso, que no debemos desesperar, sino conservar nuestra paz.

***“Pero yo cantaré de tu poder,
Y alabaré de mañana tu misericordia;
Porque has sido mi amparo
Y refugio en el día de mi angustia.
Fortaleza mía, a ti cantaré;
Porque eres, oh Dios, mi refugio,***

El Dios de mi misericordia”.

Salmo 59:16 y 17

Hoy en día parecemos estar híper-comunicados con nuestro entorno, pero carecemos de tiempo de calidad para Dios. Esto genera que, ante cualquier crisis, hablemos rápidamente con nuestro entorno, sin procurar el silencio, la espera y la dirección que Dios pueda darnos en la intimidad.

El tiempo de sosiego es muy importante. Aunque no podamos hallar un silencio absoluto, podemos tratar de dejar que sean otros los que lleven la voz cantante respecto de aquello que nos preocupa. No deberíamos compartir rápidamente nuestros problemas con nadie; si realmente consideramos que Dios es nuestro Padre, deberíamos ir primeramente a Él con nuestras cargas.

No hay mejor forma de apagar la fortaleza de nuestra vieja naturaleza que silenciando pacientemente nuestro ser en la presencia del Señor. Debemos practicar el sosiego porque favorece la manifestación de la presencia de Dios, nos impide las vanas palabras y nos ayuda a poner distancia con la liviana opinión de otras personas que nada saben de la verdad.

Aun así, debemos tener en claro que, por mucho que practiquemos el sosiego, tendremos que enfrentar perturbadoras pruebas. En realidad, Dios permite la disolución de nuestra sustancia para que nos aferremos solamente a Él (**Job 30:22**). Cuando nuestra paz sea Él,

cuando nuestro deleite solo sea Él, es cuando estamos a las puertas de la resurrección. Cuando menos necesitemos hablar es cuando en realidad lo estamos logrando.

***“En Dios solamente está acallada mi alma;
De él viene mi salvación.
El solamente es mi roca y mi salvación;
Es mi refugio, no resbalaré mucho...”***
Salmo 62:1 y 2

En este salmo, David habla de su alma encontrando su descanso en Dios. Aquí, se entrega al reposo en Dios y expresa que, sin importar las circunstancias, esperará y descansará pacientemente. David certifica que si logra mantenerse en la revelación de que Dios es su refugio, no resbalará más de lo debido. Esto no implica que no descenderá a las profundidades del dolor, sino que no lo hará más allá de lo permitido por Dios.

***“En Dios está mi salvación y mi gloria;
En Dios está mi roca fuerte, y mi refugio.
Esperad en él en todo tiempo, oh pueblos;
Derramad delante de él vuestro corazón;
Dios es nuestro refugio...”*** Selah
Salmo 62:7 y 8

David no solo habla de sí mismo, sino que aconseja a todos, incluso a todos los pueblos, a derramarse de corazón ante el Señor, para conocer que de verdad Él puede ser nuestro refugio. ¿Qué ocurriría hoy si los gobernantes de las

naciones se derramaran de corazón ante el Señor? ¿Qué pasaría si los pueblos se humillaran pidiendo perdón y buscando vivir la voluntad de Dios? ¿Acaso no viviríamos un cambio radical en la atmósfera de este perverso sistema global? Bueno, sé perfectamente que eso no ocurrirá, pero me emocioné al pensarlo tan solo por un minuto.

Por otro lado, me conmueve pensar que aquel que aconseja este sosiego y entrega verdadera es nada menos que un hombre que pasó en su vida por muchos tiempos tormentosos. Recordemos cuando David y sus hombres regresaron a Siclag y encontraron su ciudad destruida; los de Amalec habían invadido el Neguev y a Siclag la habían prendido fuego.

Se habían llevado cautivas a las mujeres y a todos los que estaban allí, desde los niños hasta los mayores. Y aunque la Biblia dice que a nadie le habían dado muerte, cuenta que se los habían llevado a todos (**1 Samuel 30:2**). En esos momentos, David se encontró en tremenda angustia, ya que no solo padeció el dolor de su propia pérdida, sino que los demás hombres lo culparon a él, y aun hablaron de apedrearlo.

Sin embargo, la Palabra nos cuenta que David se fortaleció en Dios, en lugar de caer en la desesperación. Esta situación muestra cómo David recurrió a la calma y al consejo divino antes de actuar. Tal vez podamos pensar que es imposible el sosiego en un momento tan tremendo como ese, pero no es verdad. Aunque nuestro ser interior se sienta

abrumado, confundido y alborotado por el dolor, debemos sumergirnos en el silencio del sosiego en Su presencia.

“David estaba muy preocupado porque la tropa quería apedrearle, pues todos se sentían muy disgustados por lo que había sucedido a sus hijos. Sin embargo, puso su confianza en el Señor su Dios, y le dijo al sacerdote Abiatar, hijo de Ahimélec: Por favor, tráeme el efod. En cuanto Abiatar llevó el efod, David consultó al Señor...”

1Samuel 30:6 al 8 PDT

La historia nos cuenta que el Señor le dijo a David que persiguiera al enemigo y que tuviera paz, porque recuperaría todas las cosas y a todas las personas. David siempre dedicaba tiempo a la oración y la meditación. El sosiego era un modo de vida para el rey. Siempre buscaba la guía de Dios y el poder de Su fuerza.

Cuando David escribió el **Salmo 63**, su hijo Absalón se había sublevado contra él. Había entrado en la ciudad, se había apoderado de su trono, del arca y de sus concubinas, violándolas a la vista de todo el pueblo. David no quiso pelear contra su hijo y se fue al desierto con la cabeza tapada y los pies descalzos. Entonces escribió:

*“Dios, Dios mío eres tú;
De madrugada te buscaré;
Mi alma tiene sed de ti, mi carne te anhela,
En tierra seca y árida donde no hay aguas,
Para ver tu poder y tu gloria,*

*Así como te he mirado en el santuario.
Porque mejor es tu misericordia que la vida;
Mis labios te alabarán...”*

Salmo 63:1 al 3

Estos momentos de sosiego le permitían renovar su espíritu, mantener la calma y fortalecer su fe. Además, David encontraba en la alabanza y la adoración una manera de conectar profundamente con Dios, lo que lo llenaba de paz y tranquilidad, aun en las peores tormentas de la vida. Creo que el dulce cantor de Israel es un verdadero maestro de la vida de Reino. En un pacto adverso y cometiendo muchos errores, pudo encumbrarse hasta nuestros días como un ejemplo de fe en medio de la debilidad humana.

Cuando David cometió errores graves, como su pecado con Betsabé y la muerte de Urías, también buscó momentos de sosiego para arrepentirse y reconciliarse con Dios. En el **Salmo 51**, David clamó a Dios por perdón, y en su arrepentimiento profundo, encontró la paz al reconocer sus errores y recibir la misericordia divina.

Estos momentos de introspección y reconciliación le permitieron restaurar su paz interior y continuar su relación con Dios con un corazón renovado. A pesar de la culpa y el dolor, David supo llegar a Dios con la verdad, a corazón abierto y sin hipocresías. El sosiego es el ámbito de desnudez de nuestra alma, es el sitio donde el ego se derrite y la misericordia se manifiesta.

*“He aquí, tú amas la verdad en lo íntimo,
Y en lo secreto me has hecho comprender sabiduría.*

*Purifícame con hisopo, y seré limpio;
Lávame, y seré más blanco que la nieve.*

*Hazme oír gozo y alegría,
Y se recrearán los huesos que has abatido.*

*Esconde tu rostro de mis pecados,
Y borra todas mis maldades.*

*Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio,
Y renueva un espíritu recto dentro de mí.*

*No me eches de delante de ti,
Y no quites de mí tu santo Espíritu.*

*Vuélveme el gozo de tu salvación,
Y espíritu noble me sustente...”*

Salmo 51:6 al 12

En esos momentos tan trascendentes, vemos cómo David buscaba y experimentaba sosiego en la presencia de Dios. Observamos cómo se exponía a corazón abierto y cómo siempre hallaba gracia, aun cuando no vivió el pacto que disfrutamos nosotros hoy. Debe ser para nosotros un claro ejemplo de lo que podemos obtener si nos acercamos al Padre en la persona de Cristo, desnudos de toda excusa y abiertos como sacrificios vivos, santos y agradables a Dios.

¿Qué pasaría si, en lugar de tanta actividad, tanta comunicación con otras personas, tanto ruido y tantos métodos, buscáramos a Dios en el silencio de una profunda comunión espiritual? ¿Acaso no encontraríamos mayor gracia, mayor misericordia, mayor dirección, mayor paz y

mayor fortaleza? Tal vez, en lugar de tanto actuar con nuestras propias fuerzas, deberíamos ser más como niños que buscan desesperadamente la protección, el consejo, el amor y el poder del Padre. Entonces conoceríamos lo que significa vivir el Reino de Dios.

*“Señor, no es orgulloso mi corazón
Ni son altaneros mis ojos,
Ni voy tras cosas grandes y extraordinarias
Que están fuera de mi alcance.
Al contrario, estoy callado y tranquilo,
Como un niño recién amamantado
Que está en brazos de su madre.
¡Soy como un niño recién amamantado!
Israel, espera en el Señor ahora y siempre”.*
Salmo 131:1 al 3

“El verdadero silencio es el descanso de la mente; es para el espíritu lo que dormir es para el cuerpo, nutrición y refrigerio”.
(William Penn)

Capítulo cinco

El Sosiego Del Señor

“Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas...”

Mateo 11:29

La clase de sosiego que nos refresca el espíritu es algo más que el tiempo de oración en el cual muchos no dejan de hablar. El sosiego que pretendo enseñar es la práctica bíblica de retirarse temporalmente a un lugar privado con el fin de conectar sensiblemente con la presencia del Señor. No es la búsqueda de ser escuchados, sino la búsqueda de ser tocados por el Señor.

Hoy en día se hace mucho hincapié en la participación de las actividades de la congregación, y está bien, pero personalmente creo que es fundamental el sosiego, la intimidad, la recepción y el tiempo de calidad para el obrar del Espíritu Santo en nuestras vidas. No he pretendido

presentar mi enseñanza como algo novedoso, porque la Biblia habla mucho de esta necesidad. Incluso creo que Jesús es nuestro mayor ejemplo sobre la importancia del sosiego espiritual. Las descripciones bíblicas dejan muy en claro los muchos momentos en los cuales el Señor buscaba el sosiego para conectar con el Padre.

Los Evangelios nos dicen que Jesús a menudo se quedaba solo, no solo para descansar y para bajar el ritmo de sus actividades, sino también para pasar tiempo en profunda comunión con el Padre celestial. Por ejemplo:

“Después de despedir a la multitud, subió al monte a solas para orar. Al anochecer, estaba allí solo”

Mateo 14:23

“Levantándose muy de mañana, siendo aún oscuro, salió y se fue a un lugar desierto, y allí oraba”

Marcos 1:35

“Cuando era de día, salió y se fue a un lugar desierto”

Lucas 4:42

“A menudo Jesús se retiraba a lugares donde podía estar solo para orar”.

Lucas 5:16 PDT

Jesús no sólo modeló la oración en soledad, sino que nos exhortó a sus discípulos y a través de ellos a nosotros a que hagamos exactamente lo mismo que Él:

“Pero tú, cuando ores, entra en tu aposento, y cerrada la puerta, ora a tu Padre que está en secreto”

Mateo 6:6

Todos los renacidos somos miembros de la familia de Dios y el Nuevo Testamento enfatiza claramente los aspectos congregacionales de la fe en Cristo, pero el cristianismo bíblico y la vida de Reino, encuentran su dinámica en la intimidad individual con Dios.

Jesús siempre estuvo rodeado de muchas personas. Desde un inicio, su fama se extendió por toda Galilea, Nazaret y Judea. En ocasiones, la multitud que le escuchaba era tan grande que debía buscar la forma de atenderlos o hablarles en lugares estratégicos. Cuando entraba en un lugar, todos rodeaban el sitio. Por ejemplo, cuando unos hombres trajeron a un paralítico para que Él lo sanara, y como la casa estaba muy atestada de gente, tuvieron que introducirlo rompiendo el techo (**Marcos 2:1 al 11**).

Cuando llegó a Él, uno de los jefes de la sinagoga, llamado Jairo, le pidió que sanara a su hija. Jesús se dispuso a acompañarlo, pero dice la Biblia que mucha gente le acompañaba apretujándose a su alrededor (**Marcos 5:24**). Esa misma gente es la que eludió la mujer con flujo de sangre que se acercó hasta Él para tocar su manto. Las multitudes siempre rodeaban a Jesús.

En las playas de Galilea, tuvo que subirse a un bote para predicar a una inmensa cantidad de gente que estaba recostada sobre la arena. Su fama se extendía de boca en boca porque lo veían como alguien verdaderamente diferente (**Mateo 7:28 y 29**). En dos oportunidades, multiplicó los panes y los peces para miles de personas, y ello solo contando a los hombres, porque mujeres y niños había muchos más.

Cuando fue recibido en Jerusalén, la multitud se agolpó para aclamar su nombre. En Capernaum, la gente se agolpaba para que Él pusiera sus manos sobre los enfermos. En este sentido, gran parte del ministerio de Jesús estuvo acompañado por una gran multitud de personas que le seguían a todas partes. De hecho, la principal preocupación de los fariseos era que todo el mundo iba detrás de Jesús (**Juan 12:19**).

Sin embargo, la presencia de muchas personas escuchándole no era un indicio de que Cristo necesariamente era amado y respetado, porque lo amaban con la misma intensidad con la que lo odiaban los religiosos. Por su parte, Jesús deseaba ayudar a los necesitados, pero más allá de tantas solicitudes, Él se hacía tiempo para eludirlos, buscando lugares solitarios para disfrutar de tiempos de sosiego en la presencia del Padre.

Jesús era un buen administrador de su tiempo. En tres años de ministerio público, hizo todo lo establecido por el Padre y redimió a la humanidad. Era una persona muy joven;

sin embargo, evaluando sus hechos, pareciera como si hubiera vivido varias vidas juntas (**Juan 21:25**).

En esa administración, era fundamental para Él los tiempos de intimidad con el Padre, porque es en esa intimidad que obtenía la dirección de todo lo que debía hacer y decir. Él dijo: *“Yo no puedo hacer nada por iniciativa mía; como oigo, juzgo, y mi juicio es justo porque no busco mi voluntad, sino la voluntad del que me envió”* (Juan 5:30).

El gobierno es comunicación, y la única manera en la cual Jesús pudo caminar bajo el gobierno del Padre fue teniendo una fluida comunicación con Él. Esto implicaba que, más allá de escuchar las demandas de las multitudes, pasara tiempo de sosiego en la presencia del Padre. Es por eso que cada día encontraba el momento para eludir a todos buscando lugares solitarios para disfrutar de la presencia del Padre.

Cuando apenas era un niño, le dijo a su madre que en los negocios del Padre le era necesario estar (**Lucas 2:49**), y en el ocaso de Su vida le dijo al Padre: *“En tus manos encomiendo mi espíritu...”* (**Lucas 23:46**). En todo tiempo y durante todo su ministerio, Jesús estuvo ligado a la soberanía del Padre y siempre procuró caminar en Su voluntad.

Al ser bautizado por Juan en el río Jordán, el Espíritu Santo descendió sobre Jesús en forma de paloma. El descenso del Espíritu Santo sobre el Señor es la investidura de la

unción real como hijo de Dios. En ese momento, la voz del Padre se escuchó desde los cielos diciendo: ***“Este es mi hijo amado en quien tengo complacencia”*** (Mateo 3:17). Esta es una manifestación pública de la paternidad y el amor de Dios por Jesús. No hay dudas de que entre Jesús y el Padre era evidente el amor, la complacencia, la comunión y el mutuo respeto, la honra y la valoración.

Esta intimidad constituye la más sublime revelación que Jesús hace de Dios, presentándolo a los hombres como Padre. A lo largo de su vida fue quitando este velo de la sublime paternidad de Dios. La unidad de Jesús con el Padre era claramente irradiada a través de Su profunda espiritualidad.

Jesús oró al Padre y los cielos se abrieron (**Lucas 3:21**); oró al Padre y eligió a los doce discípulos (**Lucas 6:12**); oró al Padre y sanó a muchos enfermos (**Marcos 7:34**); oró al Padre y resucitó a Lázaro (**Juan 11:41**); oró al Padre y multiplicó los panes y los peces (**Mateo 14:19**). Sin embargo, parecía claro que esas oraciones públicas eran más bien el reconocimiento y la recompensa pública de haber estado en el secreto del Padre (**Mateo 6:6**).

Jesús no se jactaba, ni se alegraba de Sus éxitos, sino de que la voluntad del Padre se cumpliera. ***“Yo te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra”*** (Mateo 11:25); ***“Yo te alabo, Padre, porque has escondido estas cosas a los sabios y prudentes y las has revelado a los pequeños”*** (Mateo 11:25); ***“Padre, te doy gracias por haberme escuchado”***

(Juan 11:41); ***“Padre, no sea como yo quiero, sino como tú quieras”*** (Mateo 26:39). Toda su vida estuvo llena de una evidente comunión espiritual, profunda y sostenida.

Él les pidió a sus discípulos que hicieran lo mismo, orando al Padre en lo secreto (**Mateo 6:6**). Él dejó el ejemplo de sus solitarias oraciones en el monte (**Mateo 14:23, Marcos 6:46, o Juan 6:15**). Además, en sus oraciones privadas siempre se alejaba de todos (**Lucas 22:41**). El tiempo de sosiego en la presencia del Padre siempre fue su prioridad, porque eso era lo que le garantizaba su buena gestión.

El Padre era Su constante realidad y la única expresión de Sus acciones. Este era el motivo por el cual decía cosas como: ***“Si juzgo, mi juicio es conforme a la verdad, porque no juzgo yo solo, sino que el Padre, que me envió, juzga conmigo”*** (Juan 8:16); ***“Me dejarán solo. Aunque no estoy solo, puesto que el Padre está conmigo”*** (Juan 16:32); ***“Yo y el Padre uno somos”*** (Juan 10:30); ***“Yo sé que siempre me escuchas, pero digo esto por el bien de los que están aquí, para que crean que tú me has enviado”*** (Juan 11:42). Hay múltiples pasajes que dejan muy en claro la profunda y permanente comunión entre Jesús y el Padre, lo cual debe ser nuestro máximo ejemplo de vida.

Al recibir la gracia de la vida en Cristo, esa misma intimidad con el Padre está a nuestro alcance. El apóstol Juan dijo: ***“Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios; por esto el mundo no nos***

conoce, porque no le conoció a Él. Amados, ahora somos hijos de Dios..." (1 Juan 3:1). Como hijos, debemos tener como prioridad el desarrollo y la práctica de una íntima y constante comunión con Dios.

Jesús fue la imagen visible del Padre (**Colosenses 1:15**), fue la pura expresión del Padre (**Juan 14:9**). Durante Su vida, Jesús fue corriendo el velo de Su humanidad para expresar la perfecta voluntad del Padre celestial. Él enseñó a sus discípulos esa vida de espiritualidad absoluta, de profunda comunión con el Padre, y de rendición incondicional.

Nosotros hoy estamos desafiados a seguir el ejemplo del Señor. Por eso, es tan trascendente que encontremos tiempos de sosiego, de soledad, de calma espiritual, porque eso es lo que Él enseñó. Si le funcionó a Él, también nos funcionará a nosotros. Solo debemos determinar decirle "No" a todo lo que pretenda robarnos el tiempo y el enfoque. Si Jesús pudo hacerlo a pesar de tantas demandas, nosotros también debemos y podemos hacerlo.

Si perdemos de vista la realidad espiritual que nos contiene, comenzaremos a enfocarnos demasiado en la realidad natural en la cual también habitamos. Los intereses de vida son lógicos; yo no pretendo ignorar empáticamente las necesidades de mis hermanos, Jesús nunca hizo tal cosa. Lo que digo es que no debemos caer en el engaño de los afanes naturales, porque el desenfoque nos conduce a destinos opuestos a las verdaderas soluciones (**Mateo 6:34**).

Debemos tener bien en claro que todo lo que las tinieblas pretenden es sacarnos de nuestro eje, que debe ser solamente el Señor. Esto, que parece tan básico, está ocurriendo. Hay infinidad de hermanos que dicen no tener tiempo para una profunda comunión con Dios. No me refiero a que no están bien con Dios, a que no participan en ninguna actividad, o que no oran todos los días un rato. Lo que digo es que no tienen tiempo para el sosiego, la búsqueda contemplativa y la espera de la comunicación divina.

Cristo está en nosotros, y nosotros vivimos en Él. Esa es una realidad que no puede ser anulada por la falta de sosiego (**Hechos 17:28**). Mucho menos me estoy refiriendo a nuestra salvación. Lo que digo es que no podemos avanzar a la efectividad necesaria para estos tiempos, a la plenitud propuesta por la Palabra o a la vida de Reino que pretendemos, si no cultivamos una profunda comunión con Dios, y para lograrlo son claves los tiempos de sosiego.

Si pretendemos aprender de Jesús y alcanzar estas profundidades, debemos ser humildes como Él (**Mateo 11:29**). Debemos batallar contra la autosuficiencia. Muchos hermanos se esfuerzan tanto en realizar buenas obras o en comportarse con integridad, que pierden el enfoque de la gracia y de la necesidad permanente de ella.

No estoy diciendo que no debemos realizar obras. Decir tal cosa sería un disparate. Lo que digo es que, más allá de toda obra resultante de una naturaleza santa recibida en Cristo, debemos depender de la gracia cada día,

continuamente y como si hubiéramos cometido un horrendo pecado.

No sé por qué motivo, cuando pecamos buscamos aferrarnos a la gracia divina, pero cuando creemos que estamos haciendo todo bien, llegamos a pensar que no la necesitamos tanto. Jesús, con un corazón puro, lleno de gracia y de verdad, nos enseñó algo muy diferente:

“Cristo, en los días de su carne, ofreciendo ruegos y súplicas con gran clamor y lágrimas al que le podía librar de la muerte, fue oído a causa de su temor reverente. Y aunque era Hijo, por lo que padeció aprendió la obediencia; y habiendo sido perfeccionado, vino a ser autor de eterna salvación para todos los que le obedecen...”

Hebreos 5:7 al 9

De nada sirven las buenas obras, si no actuamos en dependencia, con temor y bajo una plena consciencia de nuestra débil humanidad. Sin la gracia permanente y sin el obra del Espíritu del Señor, nada podemos (**Juan 15:5**). Nuestros supuestos méritos y nuestras buenas obras solo son un trazo de inmundicia para Él (**Isaías 64:6**). En lugar de estar en la constante presión del hacer, tenemos que contemplar y operar en la vida de Cristo.

En el momento en que quitamos la mirada de Jesús y dependemos de nosotros mismos, solo lucharemos con nuestras fuerzas. Pasar tiempo de sosiego espiritual, invertir

tiempo en la presencia del Señor, nunca será una pérdida; por el contrario, es lo que nos garantizará la efectividad de nuestra vida en general.

La manera en que permanecemos en Dios es a través de cultivar una intimidad profunda con Él. Es verdad que permanecer no es algo pasivo, sino que requiere acción de nuestra parte, como cuando leemos Su Palabra, tenemos tiempos de oración y buscamos hacer Su voluntad, pero por sobre todas las cosas, lo que no debemos dejar son los tiempos de calidad, de silencio, de contemplación, de rendición, de entrega en Su presencia.

Es fácil volver a las supuestas fuentes de satisfacciones naturales. Esto es muy engañoso, especialmente cuando nos enfrentamos con la decepción, la insuficiencia y la falta de resultados que el mundo genera. Sin embargo, si vivimos en intimidad diaria con el Padre, entonces Él mismo nos ayudará en nuestra debilidad y nos conducirá por los caminos de la unión y su verdadera sabiduría.

Quisiera que esto quede grabado a fuego, en nuestra mente y en nuestro corazón: “La vida de Reino no puede ser vivida separada de la presencia de Dios. No puede ser vivida sin absoluta dependencia. Jesús dijo que no hay nada que podamos hacer separados de Él”.

Jesús nos enseñó de qué manera hallaba descanso y nos dijo cómo podemos obtenerlo nosotros para nuestras almas. Él dijo: *“aprended de mí, que soy manso y humilde de*

corazón...” Es a través de la mansedumbre, de la rendición y de ponernos cada día su yugo de dirección y gobierno. Él nos dio Su ejemplo y se señaló como el camino, como la Verdad y como la verdadera Vida (**Juan 14:6**).

“Si guardan Mis mandamientos, permanecerán en Mi amor, así como Yo he guardado los mandamientos de Mi Padre y permanezco en Su amor. Estas cosas les he hablado, para que Mi gozo esté en ustedes, y su gozo sea perfecto...”

Juan 15:10 y 11

“La calma es el idioma que habla Dios”.
(Eckhart Tolle)

Capítulo seis

En busca del Sosiego

“El que quiera amar la vida y gozar de días felices, que refrene su lengua de hablar el mal y sus labios de proferir engaños; que se aparte del mal y haga el bien; que busque la paz y la siga”.

Salmo 34:12 al 14

Mientras pretendamos vivir de acuerdo con nuestra vieja naturaleza, seremos receptores de muchas injusticias. Nuestro ego y temperamento nos meterán en incontables conflictos; nuestros sentimientos y pasiones chocarán con muchas personas, y nos aferraremos a nuestras razones.

Nuestro orgullo buscará su lugar, y nuestros puntos débiles quedarán expuestos, dando paso a múltiples e innecesarios ataques. Todo parecerá volverse en nuestra contra, y nos volveremos hostiles, egocéntricos y frustrados. Si persistimos en vivir a merced de nuestros mezquinos intereses, actuaremos con codicia, con malicia y con gran egoísmo.

Cualquiera podría pensar que no, que jamás se identificaría con estas actitudes. Pero déjenme decirles que eso es lo que portamos los seres humanos en nuestros corazones. En mayor o menor grado, todos somos egoístas, orgullosos y vanidosos. Hay muchas formas de ocultarlo o camuflarlo, de tal manera que ni siquiera nosotros logramos detectarlo; pero así somos, si permitimos que nuestra vieja naturaleza tome el control.

No hay forma de encontrar la verdadera paz en nosotros mismos. Nunca estaremos satisfechos con nada, porque todas las metas serán cambiantes y demandantes. Seremos como inválidos cuadripléjicos soñando con ganar una maratón nacional. Perdónenme el ejemplo, pero así somos los seres humanos cuando no permitimos que el Espíritu Santo obre en nosotros. Somos soñadores incapaces que caen en frustración y hacen trampa en la carrera de la vida.

Nuestro amor propio es terriblemente sensible, y cuando pretendemos controlarlo, grita como si lo torturaran despiadadamente. Tal vez no logramos detectar a tan vil personaje dentro de nosotros, pero así es Adán: egoísta, ingobernable y mentiroso. La única esperanza que tenemos consiste en salirnos de nosotros mismos, y para lograrlo, necesitamos depender del Espíritu Santo.

Perder todo interés en nosotros mismos no es algo que podamos lograr con oraciones demandantes. Muchos hermanos no se dan cuenta, pero al orar, a veces le dan

órdenes a Dios, como si Él debiera cumplir sus demandas. Incluso he visto cómo algunos decretan y establecen lo que necesitan, como si Dios fuera un criado que debe obedecer órdenes terrenales.

Algunos se impacientan, gritan y le dicen a Dios qué hacer: “¡Toca, Señor, toca a tu pueblo! ¡Obra de una vez!” Estas largas listas de peticiones y constantes repeticiones sugieren la imagen de un Dios lento para oír y lerdo para obrar. Necesitamos identificar las oraciones de Adán, pues siempre habla desde su frustración.

Sus oraciones son gritos lastimeros, gemidos de paloma, como los hebreos clamando por agua o ansiando carne. Nuestra vieja naturaleza no sabe dirigirse a Dios como Señor, porque no abandona su trono. Dice “Señor”, pero en realidad solo pretende servirse de la gracia, sentirse mejor y ser complacida.

Esa naturaleza humana, pecaminosa y orgullosa, siempre está apurada; no tiene tiempo para esperar a ser atendida. Se cree digna de hablar y ser escuchada al instante. Le cuesta mucho renunciar a su voluntad, por eso restringe la expresión “¡Haz tu voluntad, Señor!” y se empeña en explicar tantas veces como considere necesario el porqué de su propio deseo.

El sosiego espiritual en la presencia de Dios es muy eficaz porque hace callar a nuestra vieja naturaleza. La paz de Dios no es otorgada a Adán, sino a Cristo, y se nos imparte

cuando morimos a nuestras demandas y nos volvemos personas de buena voluntad. Sin embargo, podríamos preguntarnos: ¿acaso Dios no ve con buenos ojos que le pidamos o que roguemos por nuestra necesidad? Sí, absolutamente sí. Él mismo nos anima a pedir, pero buscando primero Su Reino y Su justicia (**Mateo 6:33**).

Cuando sabemos esperar en silencio, cuando Su presencia nos toca, algo en nosotros muere y ya no podemos demandar autoritariamente. La realidad de la muerte nos abate, nos disuelve y extirpa incluso los derechos más lícitos. Su presencia nos hace comprender que no hay nada más allá de Él. Él es nuestro deleite, y fuera de Él no podemos seguir exigiendo nada.

Podemos conservar buenos deseos, pero aun así no son vitales; ante Él, podemos resignarnos fácilmente, y lo que considerábamos importante deja de ser trascendente. Cuando nos determinamos a pasar tiempo buscándolo, somos como una vela apagada y fría. Cuando Él se acerca, vemos Su luz y empezamos a comprender la verdad. Cuando sentimos Su calor, nos encendemos con Su fuego, pero si persistimos en permanecer en Su presencia, comenzamos a derretirnos.

Seremos iluminados, purificados, y perderemos la rigidez, inclinándonos poco a poco de manera integral. Toda dureza se pierde porque nuestra naturaleza cambia de estado. Perdemos nuestra forma y nuestra identidad primaria, dejamos de reconocernos en nosotros mismos y ya no nos interesa. Nos fundimos sin temor y no deseamos volver al

estado anterior; simplemente queremos desaparecer en el soplo de Su Espíritu.

Cuando ya no nos queda más voluntad que la de Dios, si llegamos a tal punto, ¿qué más puede importarnos? ¿Qué podría generarnos insatisfacción, frustración o hastío? Los temores, las inseguridades y el fracaso ya no pueden atacarnos. Es ahí, derramados en Él, que podemos sentirnos más que vencedores.

El sosiego es el ámbito de encuentro, el escenario de Su manifestación; es el cielo, es la cruz, es la tumba y es el trono. El sosiego no es un viento recio que carcome las piedras ni un feroz terremoto; más bien, es el silbo apacible donde los huesos secos se unen, la carne se forma nuevamente y el Espíritu produce verdadera vida.

La búsqueda en el ámbito del sosiego es Abraham subiendo al monte Moriah, es Jacob en Peniel, es José en la cárcel, es Moisés en el Sinaí, es Ana susurrando en el altar del Templo, es David en la oscuridad de la cueva de Adulam, es Elías en el monte Horeb, es Naamán en el río Jordán, es Daniel en el foso de los leones, es Jesús en Getsemaní, es Pablo con Silas en prisión, es Juan en Patmos observando a Cristo en el espíritu; somos nosotros muriendo y resurgiendo en la Vida y la Verdad.

Entrar en el sosiego y ser tocados por Dios es encontrar la paz de Su soberanía, la certeza de Su poder, la magnitud de Su gracia, el consuelo de Su amor, la autoridad de Cristo

y el poder de Su Espíritu. Es encontrar al Padre en Su esencia más pura y conocer el empoderamiento de Su abrazo.

En realidad, el sosiego no solo es un estado deseable, sino una virtud fundamental para acceder a las riquezas de Su gracia. Sin él, no tenemos nada para alumbrar al mundo, ni sabor para ser sal; nada para nuestro prójimo y mucho menos para quienes nos aborrecen. Sin sosiego en Su presencia, no hay dones, talentos, capacidades ni virtudes efectivas. No existe **1 Corintios 13**, y nada tenemos para dar.

En un mundo cada vez más acelerado y lleno de distracciones, el sosiego parece una misión imposible, pero es lo único que nos puede dar acceso a la conciencia de nuestra debilidad humana. Es lo que nos permitirá priorizar lo verdaderamente importante: “Nuestra comunión con Dios y nuestro servicio de amor al prójimo”.

“Estad quietos y conoced que yo soy Dios”.

Salmo 46:10

El sosiego es un acto de fe, un recordatorio de que no necesitamos llevar todas las cargas sobre nuestros hombros; primero, porque no somos capaces, y segundo, porque solo Dios tiene el control de todas las cosas. El sosiego es el silencio del desierto que nos permite escuchar la voz del buen pastor y detectar de lejos el aullido de los lobos.

El sosiego es un testimonio de la paz que sobrepasa todo entendimiento (**Filipenses 4:7**). En un mundo tan

agitado, quien puede mantener la calma y la serenidad manifiesta la presencia del Espíritu Santo en su vida. Esta paz interior actúa como un faro para otros, inspirándoles a buscar ese misterio de tiempo sabiamente invertido.

El sosiego facilita el discernimiento, ya que permite ver con claridad, sin ser influenciados por emociones pasajeras. A través de la calma y la reflexión, podemos escuchar a Dios y ver las situaciones con sabiduría y objetividad. En esos momentos encontramos la salida, y recordamos la Palabra como una antorcha que alumbra en un lugar oscuro, hasta que el día esclarezca y el lucero de la mañana salga en vuestros corazones (**2 Pedro 1:19**).

El sosiego no es una práctica novedosa ni un método renovador; es un estilo de vida que refleja la obediencia a un llamado del Padre a Su íntima comunión. En un mundo que valora la rapidez y la agitación, el sosiego es una invitación a regresar a la sencillez, a la paz, a la paciencia y a la confianza en Dios.

He escuchado y cantado hermosas canciones de adoración, pero el sosiego tiene una importancia fundamental en la adoración verdadera, ya que permite una conexión genuina y profunda con el Señor, sin acordes, sin voces humanas, sin distracciones, sin ruidos externos y sin susurros internos. Diría que el sosiego es la mejor canción que puede expresar nuestro espíritu.

El sosiego permite que nuestros sentidos espirituales se abran a la presencia y a la guía del Espíritu Santo, facilitando una adoración auténtica de entrega voluntaria y sin reservas. Nos ayuda a enfocarnos completamente en Dios y a poner nuestra mente y nuestro corazón solo en Él.

Sin un estado de sosiego espiritual, podemos adorar dulcemente, pero nuestra adoración corre el riesgo de volverse superficial o mecánica. Sin embargo, cuando nos detenemos y nos sumergimos en el verdadero sosiego, podemos alabar a Dios desde la revelación, incluso sin expresiones musicales. Esto es lo que significa adorar en espíritu y en verdad (**Juan 4:24**).

En el sosiego, podemos reflexionar mejor sobre las Escrituras, las cuales son una base esencial de nuestra comunión con Dios. Los tiempos de sosiego nos permiten meditar en la Palabra a los pies del Maestro y comprender mejor Sus enseñanzas, llevándonos a revelaciones inimaginables.

Algunos hermanos suelen preguntarme cómo he hecho para escribir tantos libros. Les cuento que, en realidad, puedo pasar largas horas en inactividad frente a mi computadora. Solo he aprendido a esperar, a implorar Su luz y Su obra, evitando escribir con mis pobres capacidades. Entonces, cuando Él quiere y como Él quiere, irrumpe y me permite fluir en hermosos momentos de inspiración.

Al final de cada libro, me queda claro que yo no habría podido comprender ni expresar nada útil para mis hermanos. Hay días que me parecen deprimentes, vacíos y vanos, porque no puedo sentir Su presencia. Esos días me han hecho pecar más de una vez, ya que mi impaciencia y mis deseos me han generado pensamientos necios y actitudes absurdas. Luego, me miro a mí mismo, me avergüenzo y vuelvo a la espera.

Cuando camino por esas llanuras de silencio y soledad, me siento inadecuado, me siento inútil, me siento como nada en realidad. Sin embargo, suele ser ahí cuando Él aparece y me levanta del polvo. Es hermoso sentir esa gracia, y ciertamente he pensado en generar esos estados de desprecio personal para que Él aparezca rápidamente; pero cuando lo intento, solo siento que me alejo más y más de Su presencia.

Es evidente que Él no desea tratar con ciertas áreas de mi ego. Primero me deja, y parece observarme desde lejos con atención. Así me gusta imaginarlo, aunque no lo sé. El sentimiento real es de total ausencia. La Palabra alimenta mi esperanza, pero no siento absolutamente nada. Sin embargo, permanecer en sosiego el tiempo necesario destruye esa parte de mí que Él considera necesario para Su aparición.

Esa aparición no puede ser percibida por mi carne. De hecho, he renunciado a esos deseos que me impulsaban en los primeros años de creyente. Ahora es mi espíritu el que sabe, el que percibe, el que es atravesado por Su luz y Sus

dictados. Es mi espíritu el que se expone débil, desnudo, rendido y hambriento. Entonces, soy saciado por Su gracia.

Perdónenme, realmente no puedo explicar con claridad estas experiencias personales, y no es mi propósito en este libro. No pretendo limitar a nadie ni crear expectativas poniéndome como ejemplo de nada; solo quiero asegurar que el sosiego es una herramienta maravillosa para recibir el suministro de Su presencia y de Su voluntad. Todo lo demás, cada uno lo vivirá a su manera.

“No se preocupen por nada, más bien pídanle al Señor lo que necesiten y agradézcanle siempre. Verán que Dios les dará su paz, una paz tan grande que va más allá de lo que podemos entender. La paz de Dios controlará todos sus pensamientos y sentimientos porque están unidos a Cristo Jesús. En fin, hermanos, piensen en todo lo que es verdadero, noble, correcto, puro, hermoso y admirable. También piensen en lo que tiene alguna virtud, en lo que es digno de reconocimiento. Mantengan su mente ocupada en eso”.

Filipenses 4:6 al 8 VLS

“La gran tranquilidad del corazón es de aquel a quien no le importan las alabanzas ni las culpas”.

(Thomas A. Kempis)

Capítulo siete

De la tempestad Al Sosiego

*“Hace parar la tempestad en sosiego, y sus ondas cesan.
Se alegran luego porque se reposaron; y él los guía al
término de su voluntad”.*

Sal 107:29 y 30 OSO

Hoy en día, las personas enfrentan grandes tempestades. Las situaciones personales, los problemas de salud, familiares, laborales o económicos hacen que muchos procuren encontrar soluciones en la fe. Sin embargo, no buscan a Dios como tal, porque la Palabra es clara en que nadie lo hace por su cuenta (**Romanos 3:11**). Buscan, más bien, respuestas desesperadas para aliviar sus dificultades.

En esa búsqueda angustiada, muchos llegan a la Iglesia, poniendo su esperanza en algún mensaje motivador que les permita ilusionarse con un cambio producido por Dios. Esto es posible, pues ciertamente Dios obra milagros extraordinarios de restauración y cambio. Sin embargo,

quienes llevamos años en el camino de la fe, sabemos que Sus planes no contemplan el sosiego basado en la ausencia de problemas.

Más allá de resolver algunas dificultades, sabemos que inevitablemente surgirán otras, necesarias para el proceso divino. A Dios le importa nuestra felicidad, pero sobre todo, le interesa nuestra plenitud. La felicidad humana está cimentada en la ausencia de problemas; la plenitud, en cambio, surge de un estado profundo del corazón.

La felicidad no es permanente, ya que cualquier evento inesperado puede borrarla, mientras que la plenitud genuina permanece inalterable, sin depender de las circunstancias externas. Cuando hablo de plenitud genuina, me refiero a la diferencia entre un sentimiento de plenitud pasajera y la plenitud que se forja en la persona de Cristo.

En tiempos de bienestar o estabilidad, podemos sentirnos felices o plenos, pero estos son sentimientos variables. La plenitud en Cristo, sin embargo, es inmutable. Para desarrollar en nosotros esta plenitud, se requieren procesos y tratos profundos con nuestro “yo”.

Si Dios solo procurara nuestra felicidad, bastaría con brindarnos bienestar, pero, al desear nuestra plenitud, es necesario que incluso experimentemos quebrantamiento. Esto es algo que muchos cristianos no comprenden y que los lleva a la desilusión o la frustración, pues no logran entender

por qué enfrentan adversidades mientras caminan con Dios. No encuentran lógica en estos conflictos, pero son esenciales.

Desde una perspectiva humana, cualquiera elegiría la felicidad y la ausencia de problemas, pero Dios se interesa más en lo que somos que en lo que sentimos momentáneamente. Por eso, nos lleva por el camino de la cruz, para que vivamos en el poder de la resurrección.

La cruz duele, y nadie la anhela, pero es la prueba de amor más grande que Dios nos ofrece. Antes incluso de la consumación de la obra de Jesucristo, el trato de Dios con sus escogidos fue constante. Dios pudo haber dado hijos y tierras a Abraham rápidamente, y en efecto lo hizo, pero eso no era lo principal. Abraham tuvo que pasar por muchos procesos, pues el objetivo era su formación como el padre de la fe.

Dios también trató con Isaac, y durante años hizo lo mismo con Jacob. El Señor moldeó a José y lo hizo con Moisés, porque para Él no hay objetivos superficiales; Sus procesos siempre incluyen la transformación de quienes los protagonizan. No solo liberó a los hebreos, sino que los llevó por el desierto para trabajar en sus corazones.

La distancia entre Egipto y Canaán, la tierra prometida, era de aproximadamente trescientos cincuenta a cuatrocientos kilómetros. Si los israelitas hubieran caminado unos trece kilómetros diarios sin detenerse, habrían llegado en un mes. Sin embargo, Dios no pretendía simplemente entregarles una tierra; quería trabajar en sus vidas. El desierto

fue el lugar definido para la formación del pueblo, y el tiempo de aflicción fue necesario (**Deuteronomio 8:3 y 4**).

Esto ha sido así desde siempre. Dios desea lo mejor para nosotros, y lo mejor es la plenitud interior, no solo el disfrute pasajero. Si dependiera de nosotros, elegiríamos una felicidad basada en el sosiego y la falta de problemas, pero Dios nos lleva por un camino distinto, en el cual nos otorga una plenitud capaz de brindarnos verdadero sosiego en Su presencia y un gozo espiritual auténtico. Veamos esto reflejado en el ministerio de Jeremías y las expectativas de Israel.

“Y me dijo Jehová: No digas: Soy un niño; porque a todo lo que te envíe irás tú, y dirás todo lo que te mande. No temas delante de ellos, porque contigo estoy para librarte, dice Jehová. Y extendió Jehová su mano y tocó mi boca, y me dijo Jehová: He aquí he puesto mis palabras en tu boca”.

Jeremías 1:7 al 9

El profeta Jeremías vivió en los últimos días de la desintegrada nación de Israel. Fue el último profeta que Dios envió al reino del sur, formado por las tribus de Judá y Benjamín. Dios, una y otra vez, había advertido a Israel que abandonara su comportamiento idólatra y envió a Jeremías a Judá para darles una última advertencia antes de echarlos de la tierra, diezmando a la nación y enviándolos al cautiverio en Babilonia.

Jeremías, un hombre fiel y temeroso de Dios, fue llamado a decirle a Israel que, por no arrepentirse de sus pecados, su Dios se había apartado de ellos y estaba listo para expulsarlos de la tierra mediante un rey pagano. En otras palabras, aunque Israel vivía en una supuesta paz, Jeremías tenía que anunciarles una gran tempestad.

Jeremías solo tenía diecisiete años cuando Dios lo llamó, y sin duda vivió una lucha interna por la suerte de su pueblo, rogándoles que escucharan su mensaje. Es conocido como el profeta llorón porque lloró de tristeza al saber lo que sucedería y ver cómo el pueblo ignoraba sus advertencias, por mucho que se esforzara.

Además, Jeremías no encontró consuelo en nadie. Dios le prohibió casarse o tener hijos (**Jeremías 16:2**), y sus amigos le dieron la espalda. Así, además de soportar la carga de conocer el juicio venidero, tuvo que soportar una soledad profunda. Dios sabía que este era el mejor camino para Jeremías, pues debía advertirle al pueblo sobre las terribles condiciones que vendrían, donde adultos y niños morirían de enfermedades dolorosas, sin que sus cuerpos pudieran ser enterrados, siendo devorados por aves (**Jeremías 16:3 y 4**).

Para el pueblo de Israel, endurecido por los efectos insensibles del pecado, ya no había temor de Dios. Jeremías predicó durante cuarenta años y, aun así, no vio ningún cambio en los corazones y mentes de un pueblo obstinado e idólatra. Otros profetas de Israel habían tenido logros, pues predicaban victoria y calma duradera, pero Jeremías no; él

tuvo que profetizar una dura tormenta. Fue como echar perlas a los cerdos, pues todos se negaron a atender su advertencia de un juicio real.

La nación de Israel, como muchas naciones hoy, había dejado de colocar a Dios en primer lugar, reemplazándolo con dioses falsos que no los hacían sentir culpables ni les traían convicción de pecado. De esta manera, pretendían alcanzar felicidad y sosiego, pero, igual que en los tiempos finales, en lugar de paz vendrán grandes tempestades.

A Jeremías se le encomendó entregar un mensaje impopular y de condena para Israel, un mensaje que le causó gran angustia y lo convirtió en un hombre despreciado a los ojos de su pueblo. Dios advierte que llegará el tiempo en que la gente no tolerará la verdad (**2 Timoteo 4:3 y 4**). Aquellos en Israel, en los días de Jeremías, no querían escuchar lo que él tenía que decir, y su constante advertencia de juicio les resultaba molesta, pero era necesario que Dios interrumpiera su falsa paz para llevarlos a una tempestad que los formara y transformara.

Hoy día, la Iglesia enfrenta una situación similar. No comprende del todo la necesidad de la plenitud espiritual y de los procesos venideros en el mundo. Es natural que la sociedad ignore nuestro mensaje, pero la Iglesia no debería ignorar la urgencia de estar lista para lo que vendrá. La Iglesia busca felicidad, mientras que Dios busca plenitud; el mundo desea calma, pero viene una gran tempestad.

Dios no aparta a Sus hijos de la historia ni nos ahorra las experiencias de incertidumbre; más bien, nos hace responsables de cumplir Su propósito en la historia. Esto implica que, en muchas ocasiones, enfrentemos procesos en pos de la plenitud en Cristo, para que podamos experimentar un sosiego real, cultivado en Su presencia.

Al analizar el término hebreo *“shalóm”*, descubrimos que es mucho más que un estado de calma o felicidad, pues representa plenitud. En el Reino de Dios, la paz no se vincula a la ausencia de guerra. De hecho, Israel vivió tiempos de supuesta paz mientras permanecía en desorden, desobediencia e idolatría. Esa misma condición fue la que desató las hostilidades permitidas por Dios para procesarlos y transformarlos.

Al final, si anhelamos una paz radical, escatológica y definitiva, como un don de Dios, debemos estar dispuestos a atravesar tempestades. Esto fue lo que Israel no pudo entender y es lo que no podemos ignorar nosotros hoy.

“Porque un niño nos es nacido, hijo nos es dado, y el principado sobre su hombro; y se llamará su nombre Admirable, Consejero, Dios Fuerte, Padre Eterno, Príncipe de Paz”.

Isaías 9:6

La paz anunciada estaba fundamentada en Cristo, no en el bienestar nacional. Vivimos en Él, y no debemos buscar el bienestar como fundamento de nuestra plenitud. Cristo es

nuestra única plenitud, y solo en Su plenitud revelada podemos disfrutar del verdadero sosiego espiritual.

El verdadero sosiego proviene de Cristo y se nos concede para acceder a las profundidades del Padre. Este es el núcleo de esta enseñanza: “El verdadero sosiego solo es posible en la persona de Cristo, y a su vez, es el medio por el cual accedemos a una profunda comunión con el Espíritu Santo, quien nos revela los secretos del corazón del Padre”.

“Pero Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu; porque el Espíritu todo lo escudriña, aun lo profundo de Dios. Porque, ¿quién de los hombres sabe las cosas del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él? Así tampoco nadie conoció las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios. Y nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que proviene de Dios, para que sepamos lo que Dios nos ha concedido...”

1 Corintios 2:10 al 12

Es lamentable que la Iglesia de hoy busque primero el bienestar en lugar de la plenitud, una falsa calma en vez del verdadero sosiego. Entiendo que nadie desea tempestades y que es fácil conformarse con calmas pasajeras o pequeños beneficios, pero esa no es la esencia del Reino. Predicar un evangelio motivacional cargado de promesas vanas es una gran pérdida para esta generación de la Iglesia.

El Reino no nos ofrece falsos sosiegos ni simples bendiciones. El Reino nos conduce por el desafiante camino

del propósito eterno, un camino que incluye tempestades, pero que siempre nos lleva hacia una plenitud y sosiego verdaderos.

Cristo vino por primera vez para introducirnos al Pacto eterno. Nada menos que Su persona es nuestra plenitud y acceso al verdadero sosiego. Este sosiego espiritual es el que nos permite comprender lo que Dios nos ha concedido, y es esa luz la que debe sostenernos hasta Su segunda venida.

“Él se deleitará en el temor del Señor; no juzgará según las apariencias, ni decidirá por lo que oiga decir, sino que juzgará con justicia a los desvalidos, y dará un fallo justo en favor de los pobres de la tierra. Destruirá la tierra con la vara de su boca; matará al malvado con el aliento de sus labios. La justicia será el cinto de sus lomos y la fidelidad el ceñidor de su cintura. El lobo vivirá con el cordero, el leopardo se echará con el cabrito, y juntos andarán el ternero y el cachorro de león, y un niño pequeño los guiará. La vaca pastará con la osa, sus crías se echarán juntas, y el león comerá paja como el buey. Jugará el niño de pecho junto a la cueva de la cobra, y el recién destetado meterá la mano en el nido de la víbora. No harán ningún daño ni estrago en todo mi monte santo, porque rebosará la tierra con el conocimiento del Señor como rebosa el mar con las aguas. En aquel día se alzarán la raíz de Isaí como estandarte de los pueblos; hacia él correrán las naciones, y glorioso será el lugar donde repose.”

Isaías 11:3 al 10 (NVI)

Después de la segunda venida del Señor y de la primera resurrección de los santos, el Reino se manifestará en toda su plenitud sobre la tierra (**Apocalipsis 20:4 al 6**). Esta gloriosa manifestación nos dará una visión de lo que hubiera sido la vida si Adán y Eva nunca hubieran pecado. Jesús será el Rey y Juez (**Isaías 2:4; 11:3 y 4**). Los animales vivirán en paz entre sí y con los seres humanos (**Isaías 11:6 al 9**), y los santos adorarán al Rey con total libertad.

Bajo el liderazgo de Jesús, el mundo estará dividido en naciones. Los judíos serán atraídos a Israel, que finalmente tendrá las fronteras prometidas (**Isaías 11:10 al 13**). Las naciones gentiles estarán bajo el reinado benévolo de Jesús (**Salmo 2:8, Isaías 42:1**). Los discípulos, e incluso los mártires de la tribulación, gobernarán sobre las naciones (**Apocalipsis 20:4**), y todos viviremos en paz perfecta (**Isaías 2:4**).

Al final del Milenio, tendrá lugar el juicio final sobre la tierra. A pesar de vivir en la paz del Reino y de la presencia de Cristo, algunas personas no optarán por seguir a Cristo ni someterse a Su gobierno. Satanás será liberado del Abismo y engañará a estos incrédulos, reuniendo un ejército para marchar contra Jesucristo.

La batalla será breve. Satanás será arrojado al Lago de Fuego y su ejército destruido (**Apocalipsis 20:7 al 10**). Todos los incrédulos se presentarán ante el Juicio del Gran Trono Blanco (**Apocalipsis 20:11 al 15**), y finalmente, los cielos y la tierra serán completamente redimidos (**Apocalipsis 21-**

22). Los hijos de Dios vivirán en la Nueva Tierra por toda la eternidad.

El conocimiento de esta verdad eterna debería enfocarnos definitivamente en Cristo y no en la calma o el bienestar momentáneo. La Iglesia debe buscar, a través de la plenitud en Cristo, un sosiego espiritual verdadero que nos conecte profundamente con la autoridad y el poder del Padre, porque es esto lo que nos permitirá cumplir nuestro propósito y permanecer firmes hasta la venida de nuestro gran Rey.

“Porque como el relámpago que sale del oriente y se muestra hasta el occidente, así será también la venida del Hijo del Hombre...”

E inmediatamente después de la tribulación de aquellos días, el sol se oscurecerá, y la luna no dará su resplandor, y las estrellas caerán del cielo, y las potencias de los cielos serán conmovidas.

Entonces aparecerá la señal del Hijo del Hombre en el cielo; y entonces lamentarán todas las tribus de la tierra, y verán al Hijo del Hombre viniendo sobre las nubes del cielo, con poder y gran gloria. Y enviará sus ángeles con gran voz de trompeta, y juntarán a sus escogidos, de los cuatro vientos, desde un extremo del cielo hasta el otro...”

Mateo 24:27, 29 al 31

“Aguanta la tormenta en la isla de la tranquilidad para encontrar la paz interior”.

(Ana Monnar)

RECONOCIMIENTOS

“Quisiera agradecer por este libro a mi Padre celestial, porque me amó de tal manera que envió a su Hijo Jesucristo mi redentor.

Quisiera agradecer a Cristo por hacerse hombre, por morir en mi lugar y por dejarme sus huellas bien marcadas para que no pueda perderme.

Quisiera agradecer al glorioso Espíritu Santo mi fiel amigo, que en su infinita gracia y paciencia, me fue revelando todo esto...”

“Quisiera como en cada libro agradecer a mi compañera de vida, a mi amada esposa Claudia por su amor y paciencia ante mis largas horas de trabajo, sé que es difícil vivir con alguien tan enfocado en su propósito y sería imposible sin su comprensión”



Como en cada uno de mis libros, he tomado muchos versículos de la biblia en diferentes versiones. Así como también he tomado algunos conceptos, comentarios o párrafos de otros libros o manuales de referencia. Lo hago con libertad y no detallo cada una de las citas, porque tengo la total convicción de que todo, absolutamente todo, en el Reino, es del Señor.

Los libros de literatura, obedecen al talento y la capacidad humana, pero los libros cristianos, solo son el resultado de la gracia divina. Ya que nada, podríamos entender sin Su soberana intervención.

Por tal motivo, tampoco reclamo la autoría o el derecho de nada. Todos mis libros, se pueden bajar gratuitamente en mí página personal www.osvaldorebolleda.com y lo pueden utilizar con toda libertad. Los libros no tienen **copyright**, para que puedan utilizar toda parte que les pueda servir.

El Señor desate toda su bendición sobre cada lector y sobre cada hermano que, a través de su trabajo, también haya contribuido, con un concepto, con una idea o simplemente con una frase. Dios recompense a cada uno y podamos todos arribar a la consumación del magno propósito eterno en Cristo.

Pastor y maestro

Oswaldo Rebolleda

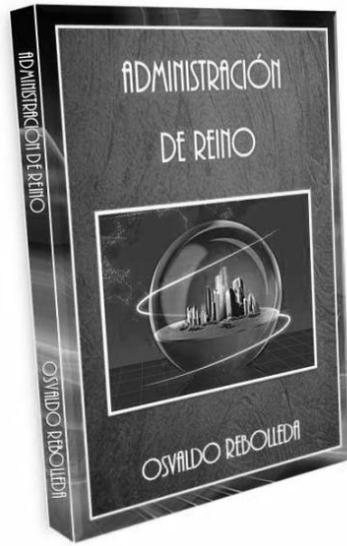
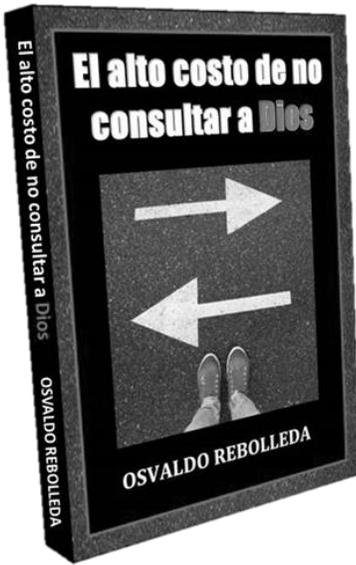


El Pastor y maestro Oswaldo Rebolleda hoy cuenta con miles de títulos en mensajes de enseñanza para el perfeccionamiento de los santos y diversos Libros de estudios con temas variados y vitales para una vida cristiana victoriosa.

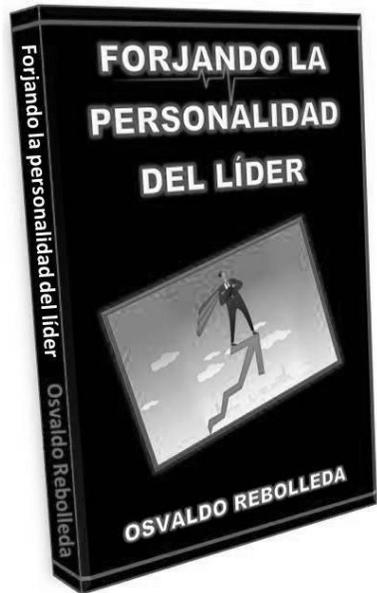
El maestro Oswaldo Rebolleda es el creador de la Escuela de Gobierno espiritual (EGE)
Y ministra de manera itinerante en Argentina
Y hasta lo último de la tierra.

rebolleda@hotmail.com

www.osvaldorebolleda.com



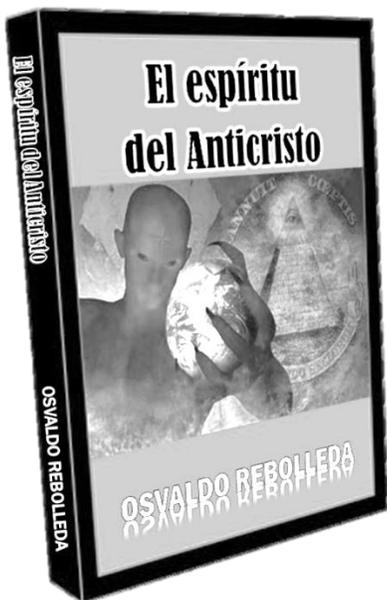
www.osvaldorebolleda.com



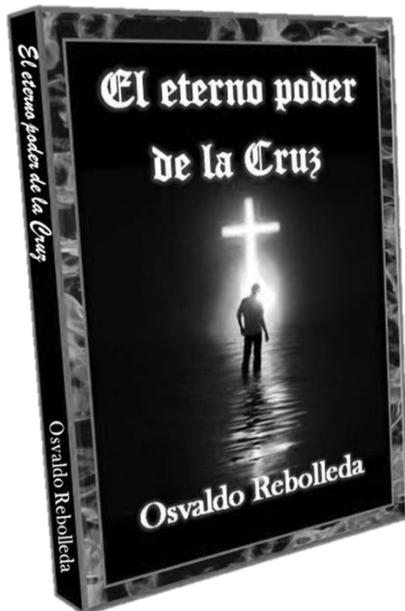
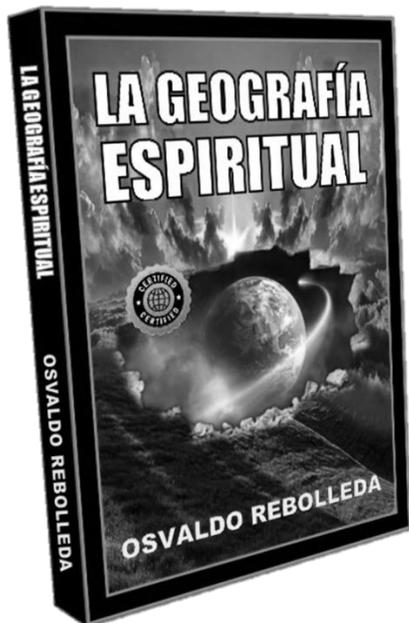


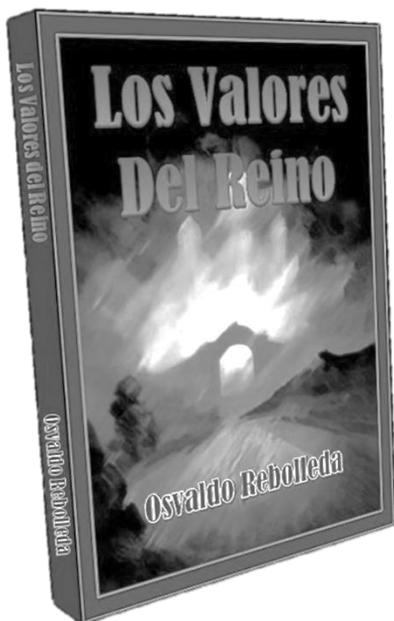
www.osvaldorebolledo.com





www.osvaldorebolleda.com





www.osvaldorebolleda.com

